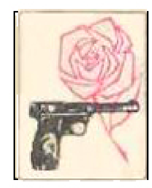


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los jardines de Alá

Brigitte recibe la visita de su «tío» Charles Alan Pitzer, que le comenta que en Groenlandia hay unos hombres haciendo alpinismo en los icebergs. Sorprendida, le pregunta qué tiene que ver eso con ella o con la CIA. Le contesta que nada, que es solo una curiosidad. Entretanto, Brigitte recibe un telegrama de su amigo Jarif Iben Maula que le suplica se reuna urgentemente con él en Venecia. Por tanto, ya que la CIA no le ha encargado ningún trabajo, Brigitte sale para Venecia donde, nada más llegar, dos bellos muchachos árabes intentan asesinarla.



Lou Carrigan

Los jardines de Alá

Brigitte en acción - 293

ePub r1.0
Titivillus 22.06.2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



1

Se contempló desnuda en el espejo del amplio y elegante cuarto de baño, y no tuvo más remedio que aprobar, con un gesto, su propia imagen allí reflejada.

¿Cómo no aprobarla?

Alta, esbelta, de formas rotundas y prietas, alzados los senos, tensas las caderas, liso el vientre, preciosos los hombros, sensacionales las piernas… Y una piel dorada por el sol, como hecha de seda y de oro, bajo la cual no se notaba ni un solo músculo, que habría afeado su armoniosa apariencia de delicada muñeca, la suave tersura de sus formas bellísimas.

Pero, ciertamente, Brigitte Montfort, de muñeca solo tenía eso: el aspecto. Bajo aquella delicada apariencia, bajo aquellas tersas y dulces formas, los finos músculos estaban preparados siempre para afrontar cualquier esfuerzo, y la piel podía soportar cualquier inclemencia o violencia… ¡Había habido tantas violencias en su vida!

Viéndola desnuda, preciosa, tierna, bellísima, nadie habría adivinado que la señorita Montfort, la periodista famosa en el mundo entero, era Cuarto Dan de Judo, Primer Dan de Karate, conocedora de no pocos trucos de diversas luchas como la *capoeira* brasileña, el *silat* malayo, el *viet-vo-dao* vietnamita, no pocos golpes de boxeo que le había enseñado su queridísimo amigo Frank Minello, y un sin fin de pequeñas argucias que en no pocas ocasiones habían salvado su vida con tanta eficacia como su conocimiento en el manejo de toda clase de armas y de vehículos aéreos, terrestres y marítimos…

¿Sorprendente?

No.

Solo lógico, después de tantos años de llevar una intensa y peligrosa vida de aventuras en las más extraordinarias misiones de

espionaje. O adaptarse, o morir. O aprender pronto y bien o ser eliminada. Una espía internacional como Brigitte, que llevaba más de quince años jugándose la vida… y ganándola siempre, por fuerza tenía que saber muchas cosas. Cosas que la habían convertido en la agente «Baby», la espía más peligrosa, implacable, inteligente y astuta del universo del espionaje. Aunque esto, que ella era la agente Baby, no lo sabían muchas personas; para la mayoría, la señorita Montfort era simplemente, una encantadora, dulce, inteligente y bondadosa periodista.

Para otros, la agente Baby era la solución a sus problemas. Contar con la colaboración de Baby era jugar sobre seguro. Era como jugarse la vida en una partida de *poker* teniendo en las manos los cuatro ases y el comodín. Ningún problema, nadie puede vencer ese juego. Por eso, en muchas ocasiones, cuando alguien se encontraba en un grave problema, recurría a Baby, la agente de máxima categoría de la CIA. Solo que la CIA no disponía en exclusiva de los servicios de Baby, ni mucho menos. Si otras personas la necesitaban, ella acudía. Por eso, aquel telegrama que…

La puerta del cuarto de baño se abrió de pronto, y Frank Minello apareció, sonriente, abierta la boca para decir algo. Al ver a Brigitte desnuda ante el espejo, Minello palideció, se quedó con la boca abierta, y sus ojos parecieron saltar hacia delante.

—¡Frankie! —exclamó Brigitte—. ¿Qué haces aquí?

—Egú… Ta… Ta-ta… Da… Ña…

—¿Qué tonterías estás diciendo? —Brigitte agarró una toalla se la colocó delante del cuerpo—. ¡Haz el favor de salir inmediatamente de *mi* cuarto de baño!

—Ña… ña-ña… Agú… Ta…

—¡Pero… ¿qué estás diciendo?! ¡Estás hablando como un niño de pecho!

—De eso se trata precisamente —dijo rápidamente Minello—… ¡Tengo hambre!

—¿Tienes hambre? Bueno, Peggy te preparará algo de…

—No, no… El nene no puede comer cosas sólidas. El nene, lo que quiere, es teta. Agú Ta… Ta…

Brigitte enrojeció de ira, su ceño su frunció, en sus hermosísimos y grandiosos ojos azules apareció un destello furioso, su boquita sonrosada se crispó en una mueca que no presagiaba nada bueno…

Pero de pronto, se echó a reír.

—¡Eres un sinvergüenza!

—Nene tiene ganita. ¡Mucha ganita!

—Pues búscate un ama de cría —rio de nuevo Brigitte—. Como bien sabes, yo no estoy criando, de modo que no podría saciar tu apetito. ¡Y haz el favor de salir de aquí de una vez! ¿Acaso no te ha dicho Peggy que yo me estaba bañando?

—Claro que me lo ha dicho. ¡Por eso he venido a verte!

—Oh, Dios mío —hizo Brigitte un gesto de impotencia—… ¡Es inútil discutir contigo! Vamos, sé amable y ve a esperarme en el salón, por favor.

—De ninguna manera —mascculló Minello—. ¡No iré al salón!

—¿Por qué no?

—Porque no quiero estar con ese viejo buitre comedor de carroña.

—Ah… ¿Está tío Charlie en casa? No sabía que hubiese llegado. Ni sabía que hubieses venido tú.

—Pues hemos llegado juntos hace un minuto. ¡También es desgracia la mía…! Me meto en el ascensor, y cuando ya me disponía a subir aparece el viejo buitre carroñero volando en círculos y se mete en el ascensor conmigo, ignorando los otros tres ascensores. ¡He tenido que soportar su presencia y su tufo a muerto durante veintisiete pisos de subida!

—¿Habéis vuelto a pelear? —rio Brigitte.

—Cualquier día le hundiré su calva cabezota de un puñetazo. ¿Quieres que te ayude a ponerte los sujetadores?

—No. Pero alcánzame el albornoz, ¿quieres?

—¿Y por qué no los sujetadores?

—Porque están en el dormitorio. Aquí solo tengo el albornoz.

—¡Ah! Bueno, algo es algo.

Brigitte se desprendió de la toalla, se colocó de espaldas a Minello, y este le ayudó a ponerse el albornoz. Luego, ella terminó de secarse el cabello, como ajena a la presencia del querido amigo, que la contemplaba ahora en silencio, como absorto.

Pero, de pronto, Minello, murmuró:

—Me ha dicho Peggy que te vas de viaje.

—Así es.

—Por eso está aquí el buitre carroñero, ¿verdad? Te envía a

alguna parte a jugarte la vida otra vez…

—No, no. Esta vez, mi viaje no tiene nada que ver con la CIA, Frankie.

—Entonces, ¿qué hace el buitre revoloteando en tu casa?

—No sé.

—¿Adónde vas?

—A Ven… A Europa.

—¿A Venecia? —Adivinó Minello—. ¡Estupendo! Precisamente hace tiempo que tengo ganas de ir a Venecia, ¡puedo prestarte excelentes servicios como gondolero!

—Gracias, pero no.

—Maldita sea mi suerte… ¿Y a qué vas a Venecia?

—Aún no lo sé. He recibido un telegrama solicitando mi presencia allí, eso es todo. ¡Y no me hagas más preguntas, porque no tengo las respuestas! Puedes ver el telegrama sobre la chimenea, y lo que leerás en él es todo lo que yo sé. Bueno, vamos a ver qué quiere tío Charlie. ¿O prefieres quedarte en el cuarto de baño?

—¿Para qué, si tú sales de él? ¿Quieres que te lleve en brazos?

—Afortunadamente, Frankie, mis piernas todavía pueden sostener mi cuerpo.

—¡Y qué cuerpo…!

Salieron los dos del cuarto de baño, y Minello le pasó un brazo por los hombros a Brigitte y la besó en una orejita. Ella sonrió, le pasó un brazo por la cintura, y, así enlazados, aparecieron en el salón, donde, efectivamente, Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA, tío Charlie para la agente Baby, y… «Buitre comedor de carroña» para Minello, estaba allí, hundido en un confortable sillón. Se puso en pie al oírlos llegar, y frunció el ceño al verlos tan cariñosamente abrazados.

—Buenos días, Brigitte —saludó.

—Hola, tío Charlie. ¿Qué le trae por aquí?

—Pues nada especial… Simplemente, he subido a saludarla.

—¡Y un cuerno! —farfulló Minello—. ¡Buitre repugnante!

Soltó a Brigitte, y fue hacia la chimenea, seguido por la furiosa mirada del veterano espía, jefe directo de Brigitte, la cual se sentó en el centro del sofá, y le hizo señas a Pitzer para que la atendiese a ella.

—¿De verdad no ha venido a encargarme alguna misión? —

preguntó, tan incrédula como Minello, pero, ciertamente, mucho más cortés—. Es bastante sorprendente, reconózcalo.

—Pues sí, pero es la verdad. No pasa nada.

—Estupendo. Eso quiere decir que puedo marcharme tranquilamente.

—¿Se marcha? ¿Adónde?

—¿Y a usted qué le importa? —Bramó Minello—. ¿Acaso cree que Brigitte tiene que contarle todo lo que hace?

—Trae el telegrama, Frankie, por favor —pidió Brigitte.

Minello trotó hacia ella, y le entregó el telegrama haciendo una cómica reverencia. Brigitte se lo tendió a su vez a Pitzer, que, ante el disgusto de Minello, leyó el texto:

SUPLICO TU URGENTISIMA PRESENCIA EN VENECIA

Jarif.

—Venecia —murmuró Pitzer—… Un momento: ¿Jarif? ¿No será aquel árabe que hace años…?

—Sí, el mismo. Jarif Iben Maula —murmuró Brigitte—… Un viejo y casi olvidado amigo[1].

—Evidentemente, él no la ha olvidado a usted.

—¡Ya dijo una de sus tonterías! —Saltó Minello—. ¿Quién podría olvidar a Brigitte? ¿Eh? ¿Quién podría, viejo buitre?

—Eso es cierto —admitió Pitzer.

Ante el acontecimiento de que Pitzer aceptase algo dicho por él, Minello se quedó mudo del pasmo. Brigitte rio quedamente, recuperó el telegrama, y lo dejó sobre la mesita, junto al sofá.

—Mi avión sale dentro de un par de horas —dijo la divina espía —. De modo que, si realmente no ha venido a encargarme nada, tío Charlie, le ruego que me disculpe. ¿Seguro que no ocurre nada especial?

—No, no. Bueno, una pequeña tontería… ¡Pero no he venido por eso! ¡Sé que usted detesta el frío!

—¿El frío? ¿Qué tiene que ver el frío con esa «pequeña tontería»?

—No es nada importante. Ni se nos ha ocurrido pensar en usted para el asunto.

—Pero… ¿qué asunto?

—Al parecer, hay en Groenlandia un grupo de hombres.

Brigitte quedó tan boquiabierta como todavía lo estaba Minello. Se miraron uno al otro, y luego miraron ambos a Pitzer, estupefactos.

—¿Un grupo de hombres en Groenlandia? Bueno, supongo que en Groenlandia hay bastante gente… ¿No? Pero espere… ¿Qué hace en Groenlandia ese grupo de hombres que, al parecer, ha llamado la atención de la todopoderosa y omnipresente CIA?

—Alpinismo. Bueno, están allá, y se dedican a bajar y subir montañas de hielo, eso es todo.

—¡Qué tontería! —exclamó Brigitte.

—Sin duda. Ya le he dicho que no es nada importante. ¿Puedo llevarla al aeropuerto?

—¡No señor, no puede! —gritó Minello—. ¡Yo la llevaré!

Peggy, el ama de llaves de Brigitte, apareció en aquel momento, mirando hoscamente a Frank Minello un instante. Luego, miró a Brigitte.

—Todo está preparado, señorita.

—Gracias, querida. ¿Quieres servir café a tío Charlie y a Frankie mientras me visto? Yo también tomaré, cuando esté lista. ¡Santo cielo, otra vez al avión…! Empiezo a estar tan cansada de viajar…

* * *

El avión de Alitalia procedente de París tomó tierra en una de las pistas del veneciano aeropuerto de Marco Polo. Desde este, la señorita Montfort se dirigió en taxi hacia Venecia, después de cumplidas las formalidades aduaneras. Hacía treinta y dos horas que había abandonado su apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en Nueva York, cuando pasaba, en taxi, por el Ponte della Libertá, que une Venecia con tierra firme. Ya ni se acordaba de Minello, ni de su enfurruñamiento cuando Pitzer consiguió acompañarla también al aeropuerto Kennedy, en el coche de aquel. Siempre se estaban peleando verbalmente pero sabía que, en el fondo, se estimaban, y que se sentían unidos por algo que ninguno de los dos discutía nunca: su gran cariño hacia ella, su preocupación cada vez que la agente Baby partía de viaje, con su maletín rojo con florecillas azules estampadas, dentro del cual la

espía más audaz del mundo portaba mil y un trucos a cuál más sorprendente.

No, no se acordaba de ellos.

Estaba pensando en Jarif Iben Maula, aquel hombre que había conocido años atrás, precisamente en Venecia, y al cual había prestado un gran servicio. ¿Qué podía querer ahora Jarif de ella? Por supuesto, no había llamado a Brigitte Montfort, sino a Baby… ¿Quizá Jarif se había enterado de algún nuevo conflicto subterráneo entre israelitas y árabes?

«—No vale la pena hacer cábalas —se dijo—. Jarif me lo dirá muy pronto. Habían recorrido ya todo el Ponte della Libertá, y estaban llegando a Piazzale Roma. A la izquierda, al otro lado del Gran Canal, la estación del ferrocarril… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Santa Lucia. Había estado en tantos sitios que ya se hacía un lío con los nombres, y con los lugares…, aunque solo fuese momentáneamente. ¿Cómo se pondría Jarif en contacto con ella? La cosa parecía simple: él debía de saber que ella se alojaría en el mismo hotel de la otra vez: el Gritti Palace. Seguramente, le habría dejado algún recado…».

—Hemos llegado, señorita —se volvió el taxista.

—Gracias.

Pagó espléndidamente al taxista, sonrió al botones que salió del hotel a hacerse cargo de su equipaje, y, ocupándose personalmente del maletín, como siempre, entró en el hotel y fue a recepción. El conserje, hombre acostumbrado a tratar con personas de todas las nacionalidades, la valoró de un experto vistazo, y como conclusión la recibió hablando en francés. Chasco. La pasajera habló entonces en perfecto italiano, y el hombre se quedó sin saber a qué atenerse sobre la nacionalidad de la hermosísima viajera hasta que esta depositó sobre el mostrador su pasaporte norteamericano. Pasmoso.

¿Una norteamericana, hablando el italiano con aquella soltura?

—Ah, sí —exclamó entonces—… Tenemos reservada una *suite* para usted, señorita Montfort: la 17.

—Espléndido —sonrió ella—. ¿Tengo algún recado?

—No por ahora, lo siento.

—¿No? ¿Está seguro?

El conserje estaba seguro, pero, muy servicial, se aseguró todavía más. No, no había ningún recado para la señorita Montfort:

solo, una *suite* reservada. Brigitte tuvo que aceptarlo, agradeció los buenos deseos de una feliz estancia en Venecia, y se fue en pos del botones que llevaba la llave de la *suite*. La 17, naturalmente: no podía ser otra. Ella había estado en aquella *suite* la otra vez… Todo parecía igual en la *suite*, al menos al primer golpe de vista. Dio una propina al botones, y, una vez estuvo a solas, procedió a un sistemático y habilísimo registro. No había micrófonos, ni ningún otro aparato más o menos sofisticado de espionaje.

Una mirada a su relojito de pulsera la advirtió de que se aproximaba la hora de la cena. ¿Quizá la esperaba Jarif Iben Maula en el restaurante Quadri, donde se habían visto por primera vez…? No. No era propio de él. Su comportamiento tenía que ser más cortés y atento. Muchísimo más. A fin de cuentas, él la había llamado… Bueno, no tenía por qué impacientarse.

Fue a donde el botones había dejado la maleta, la abrió…, y fue justo entonces cuando sonó la llamada a la puerta de la *suite*. Ajá, esto sí tenía sentido.

Llegó ante la puerta, y la abrió, sin preocupación alguna. Si Jarif Iben Mula hubiese querido hacerle algún mal, disponía de recursos más que suficientes para enviar a alguien a Nueva York a asesinarla, secuestrarla, o lo que fuese…

Delante de la puerta vio a los dos hermosos jóvenes de raza árabe, vestidos muy correctamente a la europea. Eran tan hermosos, de aspecto tan agradable, dulce y simpático, que Brigitte sonrió.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Señorita Montfort? —preguntó uno, en buen inglés.

—En efecto. Pasen, por favor.

Se apartó, los dos hombres entraron, ella cerró la puerta…, y cuando se volvió, se encontró con dos relucientes cuchillos cuyas puntas se apoyaron en su garganta.

2

No se movió.

Ni siquiera respingó.

Su mirada fue vivamente de uno a otro par de ojos oscuros que la contemplaban ahora sin ninguna simpatía. Y su primer pensamiento, como tantas otras veces, fue de recriminación hacia sí misma… ¿Cuándo aprendería que nunca hay nada seguro en espionaje, que nunca se debe volver la espalda, que lo que parece evidente casi nunca lo es…?

—¿Qué significa esto? —murmuró—. ¿No los envía Jarif Iben Maula?

—Sí —masculló uno de los hermosos muchachos árabes—… ¡Precisamente por eso vas a morir, perra!

Efectivamente.

De muñequita, la señorita Montfort solo tenía el aspecto. Por lo demás, y cuando la situación lo requería, era una especie de pantera agilísima que reacciona velocísimamente al menor atisbo de peligro.

Y eso fue lo que hizo Brigitte, del único modo que podía hacerlo en aquella situación. Pasar al contraataque en aquellas circunstancias era una locura: solo conseguiría clavarse ella misma los cuchillos en la garganta. Así que hizo lo que lógicamente tenía que hacer la superentrenada agente Baby: saltó con toda su fuerza hacia atrás, poniéndose fuera del alcance de los cuchillos.

Con tanta fuerza saltó, que cayó sentada, y acto seguido de espaldas…

Los dos árabes ya estaban saltando hacia ella, en alto los cuchillos. Cayeron juntos, lanzando sendas cuchilladas hacia el cuerpo de la espía, que había girado ya hacia un lado, de nuevo tan velozmente que los árabes ni siquiera llegaron a rozarla. Cuando ella se puso en pie de un salto, los dos hombres estaban todavía tendidos de bruces en el suelo, donde habían golpeado con sus

cuchillos, arrancando algunas chispas. Golpearon con tal fuerza que uno de ellos deslizó la mano hacia abajo, por la hoja, cortándose.

Y aún estaba el árabe lanzando una ahogada exclamación de dolor cuando el pie derecho de Brigitte fue hacia él, acertándole en un lado del cuello, de punta. El hombre lanzó un ronquido profundo, sus ojos giraron en las órbitas, y acabó de desplomarse, boca abajo, quedando inmóvil.

Pero su compañero no estaba inmóvil. Se había puesto en pie rápidamente, y cargaba ya contra la espía internacional, con más cautela ahora, pero evidentemente enfurecido, demudado el rostro… El cuchillo lanzó un largo reflejo en su camino veloz hacia el pecho de Baby, que volvió a saltar hacia atrás, pero ahora sin caer. El árabe, llevado por su impulso, se acercó más a ella, vio las delicadas manos tendidas hacia él, y se irguió vivamente, alzando de nuevo la mano armada…, mientras, para su pasmo y espanto, la bella señorita Montfort no retrocedía de nuevo, sino que se adelantaba hacia él, y disparaba su puño derecho hacia el centro del pecho masculino, en tremendo *tsuki*.

El árabe sintió dentro de su cuerpo algo parecido al estallido de una bomba cuando aquel pequeño puño le acertó de lleno. Ante sus ojos aparecieron, brevísimamente, miríadas de estrellas, que le impidieron ver nada más… Cuando de nuevo vio la realidad, la señorita Montfort estaba ante él, asiéndole la muñeca armada con sus dos manos, comenzando ya a pasar bajo su brazo, retorciéndoselo. El muchacho árabe lanzó un alarido de espanto al comprender lo que iba a ocurrir si él no seguía con todo el cuerpo aquella torsión, de modo que olvidó el cuchillo completamente, para concentrarse en su cuerpo, efectuando un salto completo en el aire, de modo que, si bien se dio un formidable batacazo de espaldas contra el suelo, no sufrió la temida rotura del hombro y del brazo por varios puntos…

Y todavía estaba viendo de nuevo las estrellas cuando la pantera cayó sobre él, a horcajadas sobre su pecho. El árabe sacudió la cabeza, vio el par de grandiosos ojos azules como pequeños lagos helados, y se dispuso a continuar luchando…

¡Fssss!, silbó la mano derecha de Brigitte, en su descenso hacia la frente del árabe. Se oyó el seco chasquido, la cabeza del árabe golpeó de nuevo contra el suelo, y eso fue todo. El muchacho quedó

desvanecido, crispado todavía el rostro, desencajada la boca… Brigitte estuvo contemplándolo unos segundos, con la mano izquierda lista para apoyar el golpe de la derecha, pero no hacía falta.

Lo que hizo fue poner dos deditos en una carótida del árabe, en busca del latido vital. Estaba vivo. Se incorporó, fue hacia el otro, le dio la vuelta, y lo examinó también, brevemente. Seguía con vida. Perfecto.

Registró a uno y otro hombre, en busca de más armas, pero no llevaban ninguna. Recogió los cuchillos, los escondió debajo de un sillón, y fue hacia su maletín. Tres minutos más tarde, los dos árabes tenían las manos sólidamente atadas a la espalda por medio de anchas tiras de esparadrapo de color carne. La espía se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, y se dispuso a esperar. Ya no sentía el menor interés por la cena.

¿Jarif Iben Maula había enviado a aquellos dos desdichados a matarla a ella?

¿A Brigitte Monrtfort…, a la agente Baby?

No solo era imposible, sino absurdo. Jarif había llegado a conocerla bien la otra vez, sabía que dos jovencitos armados de cuchillos no eran suficientes para ella. Y sin embargo, ellos habían dicho que sí les enviaba él y que *precisamente* por eso iba a morir…

Estaba a la mitad del cigarrillo cuando uno de los árabes recuperó el conocimiento. Se quedó mirando el techo, desorientado… De pronto se sentó en el suelo, con vivo movimiento. Vio a Brigitte sentada frente a él, cruzadas las hermosas piernas, fumando. Luego, el árabe buscó con la mirada a su compañero, que yacía a su lado. Volvió a mirar a Brigitte, que sonrió ceñudamente y continuó fumando.

El otro despertó un par de minutos más tarde. Reaccionó más o menos como su compañero, y, ya sentado, se quedó también mirando a la silenciosa espía de los ojos color cielo. Brigitte apagó el cigarrillo en un grueso cenicero, y miró con indiferencia a sus prisioneros.

—Evidentemente —dijo, con toda calma—, no es cierto que les haya enviado Jarif. ¿Quién les ha enviado?

Los dos árabes permanecieron silenciosos. La espía sonrió como divertida, pero fríamente.

—No sean tontos —se mostró casi amable—: puedo conseguir que me digan todo lo que yo quiera, si recurrimos a las malas. ¿Les gustaría que les cortase los testículos, por ejemplo?

Los dos bellos muchachos tragaron saliva, se miraron, y volvieron a mirarla a ella, que insistió:

—¿Quién les ha enviado?

—Jarif… Jarif Iben Maula.

Baby miró a uno, miró a otro. Luego, inquirió:

—¿Cuáles son sus nombres?

—Ahmed.

—Nader.

—Muy bien, Ahmed y Nader: ¿cuál de los dos quiere ser el primero en quedarse sin testículos? ¿O prefieren que lo decida por mi cuenta?

—¡Venimos de parte de nuestro *sheik* Jarif Iben Maula!

—Mentira. Jarif jamás les habría dado esa orden. ¿Quién se la ha dado?

—Bueno… Es lo mismo. Nos la ha dado Omar Gafer, su gran amigo y secretario, su hombre de total confianza. Después de nuestro *sheik*, es Omar quien da las órdenes.

—Ya. ¿Conoce Jarif esas órdenes de Omar Gafer?

—No. Nuestro *sheik* está a punto de morir, no sabe nada de todo esto.

—¿Jarif está a punto de morir? —murmuró Brigitte—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Sufrió un atentado a poco de llegar a Venecia… ¡Y usted tiene que saberlo muy bien!

—¿Por qué suponen eso?

—Porque usted es la única persona que sabía que nuestro *sheik* iba a venir a Venecia.

—Entiendo. Y puesto que, a poco de llegar a Venecia, intentan matarlo, solo yo puedo ser la culpable, o, al menos, la instigadora de ese atentado. ¿Está muy malherido Jarif?

—Sí. Seguramente, morirá. ¡Pero aunque usted nos haya vencido a nosotros, tampoco saldrá con vida de Venecia, porque…!

—Cállese. Ya he oído suficientes tonterías. ¿De modo que intentan matar a Jarif Iben Maula, y todo lo que se le ocurre al inteligentísimo Omar Gafer es esperar mi llegada a Venecia y enviar

a dos jovencitos a matarme, creyendo vengar así a su señor…? Los circuitos mentales del señor Gafer deben de estar bastante atrofiados, sin duda. Pero de todo esto, deduzco que ustedes no tienen ni idea de quién realizó u ordenó el atentado contra Jarif. ¿Cierto?

—Sabemos que fue usted…

—No. ¿Esa es toda la pista que tienen?

—Para Omar todo estaba muy claro.

—Intentaré acordarme de regalarle unos lentes al señor Gafer, para que vea todavía más claro. ¿Está Jarif en la misma villa de la otra vez? Supongo que todos estos años la ha tenido alquilada… Me refiero a la villa de Treporti. ¿Está ahí?

—Sí.

—¿Ustedes también están alojados en la villa?

—No. Nosotros formamos parte del grupo exterior de protección. Somos unos cuantos hombres… ¡Los demás la matarán!

—Si entiendo bien, ustedes no están en la villa porque, junto con otros tontos, vigilan fuera de esta, a la que nunca van. Digamos que forman un doble cinturón de seguridad…, que por cierto ha demostrado ser muy poco eficaz, ya que primero no pueden impedir que atenten contra Jarif, y luego ni siquiera saben matar a una mujer… ¿Cómo se ponen en contacto con el «inteligente» Omar Gafer?

—Tenemos transmisores en el coche.

—Fantástico… ¡Qué modernos! Seguramente se sienten tremendamente importantes e interesantes. Si estuviese de humor les regalaría un disco con la música de las películas de James Bond. Dan mucho ambiente. Pero, como no estoy de humor…

Recogió los cuchillos de debajo del sillón, se acercó a los dos árabes, que la miraron con los ojos muy abiertos, y pasó tras ellos. Sonriendo al notar la crispación en sus cuerpos, Brigitte cortó con dos hábiles tajos las tiras de esparadrapo. Nader y Ahmed estuvieron un instante inmóviles. Luego, velozmente, se pusieron en pie, volviéndose hacia ella, a la defensiva, pero lógicamente desconcertados. Y aún se desconcertaron más cuando Brigitte les devolvió sus cuchillos, sosteniéndolos por las puntas.

—Guarden esto, llamen a Omar Gafer, y díganle que muy pronto iré a la villa. Mejor dicho: adviértanle de que irá a visitarlo una

muchacha rubia, de ojos verdes, cuyo nombre será Erika Schenk. Quiero que la reciba en el acto, y sin dificultades. ¿Está claro?

Con los cuchillos de nuevo en sus manos, Nader y Ahmed continuaban mirando estupefactos a la «delicada» mujer que los había vencido a ambos en cuestión de segundos.

—Erika Schenk… Se lo diremos.

—Bien. Supongo que Jarif dispone de médico.

—Sí, claro. Su médico viaja siempre con él…

—De acuerdo. Pase lo que pase, que nadie salga de la villa de Treporti hasta que Erika Schenk haya hablado con Omar Gafer. Adiós, jovencitos.

Nader y Ahmed habían guardado sus cuchillos. Se miraron. El primero tomó la mano herida del segundo, y murmuró algo en su idioma, que Brigitte no entendió.

—¿Quieren que yo misma le haga una pequeña cura? —se ofreció.

—No… Lo haremos nosotros mismos, en el coche. Brigitte pensó un instante, y negó con la cabeza.

—No. Lo haré yo. No quiero que salgan dejando un rastro de sangre por todo el hotel. Esperen un momento.

De su maletín sacó lo necesario para la sencilla cura, que efectuó hábil y rápidamente. Cuando terminó, Ahmed estaba muy pálido… Nader le tomó de un brazo para ayudarlo a ponerse en pie, y acto seguido, tras murmurar algo de nuevo en su idioma, besó a Ahmed en la boca, para asombro de Brigitte…, que tardó solo un par de segundos en comprender.

—Santo cielo —se lamentó—… ¡Pues sí que se busca una buena protección el pobre Jarif! ¡Vaya un par de mariposas!

Los dos la miraron, con cierta hostilidad. Nader volvió a acariciar a Ahmed, y se dirigieron ambos hacia la puerta. Segundos después, Brigitte Baby Montfort estaba de nuevo sola en su *suite*. Miró el relojito, y asintió: desde luego, había recordado la cena.

* * *

Debían de ser las diez de la mañana cuando la despampanante muchacha rubia de ojos verdes llegó al pequeño embarcadero de Treporti, en la faja de tierra denominada Litorale del Cavallino, en

la parte del interior de la bahía, a unos diez kilómetros al sudeste de Venecia. Era un hermoso día de otoño, de cielo despejado, sol que hacía resplandecer las aguas. Atrás había quedado Venecia, siempre de sugerencias románticas, pero cuyos sucios canales muy pronto engullirían la ciudad si alguien no ponía remedio…

La rubia buscó un sitio para amarrar la lancha, saltó a tierra llevando en una mano el cabo para el amarre y en la otra un maletín rojo con florecillas azules, y, tras asegurar la lancha, se alejó, sin prisas, con armonioso paso, seguida por las incrédulas, fascinadas miradas de algunos hombres.

Diez minutos más tarde se detenía ante la hermosa villa florida, fuera ya de la pequeña localidad de Treporti. Pareció vacilar unos segundos, pero finalmente se acercó a las verjas, y tiró de la cadenita. A los pocos segundos, un hombre salió de la casa, que se veía entre arbustos de flores, árboles y césped. Una hermosa casa, blanca, de rojo tejado, con amplio pórtico… ¿Se habría hecho acompañar también aquella vez Jarif por cuatro de sus esposas?

El hombre, por supuesto de raza árabe, y cuyo bulto hacia la axila izquierda era rutinariamente revelador para Brigitte, se detuvo ante esta, al otro lado de las verjas, y se quedó mirándola con no poco interés.

—Soy Erika Schenk —dijo la rubia, en inglés—… Como usted debe de saber, Omar Gafer me está esperando.

El hombre abrió las verjas, en silencio. Esperó a que la rubia entrase, las cerró, y señaló hacia la casa. Fueron hacia allá, en silencio, por entre árboles y enormes matas de petunias de todos los colores. Segundos más tarde, entraban en la casa, donde, en el vestíbulo, esperaba otro hombre, que miró igualmente con curiosidad a Erika.

—¿Señor Gafer? —preguntó esta.

—No. Venga, por favor.

La llevó hacia una gran doble puerta, la abrió, y Erika entró en un amplio salón con ventanas que daban al jardín, en la parte derecha de la casa. Un hombre se alzó de un sillón, y se quedó mirándola, también en silencio. Un hombre casi tan alto como ella recordaba a Jarif Iben Maula, pero más grueso, incluso barrigudo, cosa que ni siquiera el excelente sastre londinense había podido disimular. Sus manos eran grandes, rechonchas y finas. Su cabeza,

muy redonda, estaba completamente calva; no se podía ser más calvo. Llevaba un pequeño bigote, una barbita canosa, como el bigote, y sus oscuros ojos se empequeñecían detrás de los gruesos cristales de unos lentes de miope…

Brigitte sonrió ante este detalle: al parecer, Omar Gafer ya tenía lentes…, pero de todos modos le convendría una visita al oculista para un reajuste de las dioptrías…

—Sea bien venida, señorita Montfort —dijo Gafer—… Por favor, venga a sentarse. ¿Gustaría tomar café?

—Sí, gracias. —Erika se acercó, se sentó en un sillón, esperó a que el miope volviese a hacerlo, y añadió—: Mi nombre es Erika Schenk, señor Gafer.

—Ah, sí. Lamento mi equivocación, pero Jarif me habló tantas veces de usted que me pareció que no me equivocaba al hacer ciertas suposiciones sobre sus… habilidades.

—Erika Schenk —insistió ella—: eso es todo.

—De acuerdo. —Omar Gafer hizo una seña al hombre que había introducido en el salón a Brigitte, y el hombre abandonó la estancia —. Enseguida nos servirán el café. Y hablando del café: ¿no le parece a usted que debería merecer muchos más honores que la gasolina, quiero decir, que el petróleo? A fin de cuentas, por lo menos en mi caso, yo podría pasar sin petróleo, pero le aseguro que me moriría sin café.

—El café, considerando los nuevos precios en que ha sido… valorado, ya ha merecido suficientes honores. En cuanto a mí, no solo podría pasarme sin petróleo, sino también sin café.

—Admirable. ¿Conoce usted lo ocurrido anoche entre la señorita Montfort y dos de mis hombres de la guardia especial?

Había no poca ironía en la pregunta, pues, obviamente, Gafer sabía que estaba ante la propia señorita Montfort; pero se limitaba a seguir el juego. La rubia hizo lo mismo.

—Así es. Brigitte me explicó que envió usted a dos maricas a ejecutarla. Fue una gran tontería.

—Le aseguro que aunque Ahmed y Nader se amen, son muy eficaces en su trabajo.

—Pese a lo cual, no pudieron impedir que Jarif sufriese un serio atentado. ¿Cuál es su estado esta mañana?

—Parece que todavía quedan posibilidades de salvar su vida.

—Me alegro mucho. ¿Podría verlo?

—Luego, quizás. Dígame, señorita Schenk: ¿cuáles son sus propósitos al venir aquí?

—Dígame primero cómo ocurrió el atentado.

—¿Conoce usted el proyecto árabe llamado «Los Jardines de Alá»?

—No. Al menos, por ese nombre. ¿En qué consiste ese proyecto?

—Agua para el mundo árabe. Agua potable, baratísima y en enormes cantidades. Tanta agua, que en poco tiempo las yermas, áridas, pobres, sedientas tierras de Arabia y otros países hermanos quedarían convertidas en hermosos jardines…, que naturalmente, se ofrecerían a Alá, en acción de gracias. Por eso, el proyecto ha sido denominado Los Jardines de Alá. Y serían de Alá, puesto que las tierras que se convertirían en jardines son las que están ocupadas por los fieles creyentes.

—Entiendo. Y sé que el mundo árabe necesita agua potable. La que consumen en la actualidad yo diría que les sale proporcionalmente más cara que el petróleo a los europeos.

—Ah, usted ha comprendido, entonces… Jarif tenía razón, por lo tanto: es usted inteligente. ¿También es… generosa, justa y sincera?

—Yo, no —sonrió Erika Schenk—, pero sí lo es mi amiga Brigitte Montfort.

—Claro, sí… Perdone. A ella me refería, por supuesto. Bien, ¿le sorprendería a su amiga Brigitte saber que alguien está tramando impedir que el mundo árabe consiga llevara buen término el proyecto Los Jardines de Alá?

—No —murmuró Erika, sombríamente—, no me sorprendería, señor Gafer. ¿Quién está tratando de impedir eso?

—Yo solo conozco a dos personas que lo sepan. Una de esas personas es mi señor y amigo Jarif Iben Maula, pero desdichadamente, él no está en condiciones de decírmelo. La otra persona es un hombre llamado Peter Muynck, un holandés que fue, precisamente, quien advirtió a Jarif del peligro que corría el proyecto Los Jardines de Alá. ¿Conoce usted a Peter Muynck?

—No.

—Es una lástima. En la imposibilidad de que Jarif pueda hablar por el momento, Peter Muynck nos podría decir quién o quiénes

están tramando algo contra el proyecto.

—¿Está Muynck en Venecia, quizás?

—Lo ignoro. Sé que Muynck estuvo hace unos días a visitar a Jarif en su residencia cerca del mar Rojo, y que, a cambio de una considerable cantidad de dinero en dólares, informó a Jarif del peligro que se cierne sobre Los Jardines de Alá. Luego, Muynck se fue, según parece, y Jarif decidió venir a Venecia. Antes de partir, me envió a imponer, personalmente y con gran discreción, un telegrama cuyo destinatario era la señorita Montfort, en Nueva York.

—Es evidente, señor Gafer, que Jarif confiaba en mí, y que vino expresamente desde su país a Venecia para pedirme ayuda…, quiero decir, pedir ayuda a Brigitte Montfort. Pero, puesto que Jarif sufrió el atentado, parece que usted obtuvo la conclusión de que fue Brigitte Montfort quien lo efectuó o dirigió.

—Solamente ella sabía que Jarif estaría en Venecia. ¿No es lógico que desconfiase de la señorita Montfort? Y puesto que amo mucho a Jarif, y no me gustó lo que yo creía había sido hecho o dirigido por la señorita Montfort, envié a matarla. Quizá le parezca demasiado… expeditivo, pero me disgustó mucho el atentado.

—Lo comprendo. ¿Y no se le ha ocurrido que podría haber sido cosa de Peter Muynck?

—Absurdo. Para perpetrar un atentado contra Jarif, Muynck no tenía ninguna necesidad de hacerlo venir a Venecia. Además, Muynck no sabía, no podía saber, que Jarif vendría a Venecia. Solo usted lo sabía… Quiero decir, la señorita Montfort. En mi opinión, ella se enteró de la estancia aquí de Jarif con tiempo suficiente para ordenar el atentado.

—Señor Gafer, no quiero discutir más ese punto. Brigitte no tuvo nada que ver con eso, ella, simplemente, recibió el telegrama y se puso en camino hacia Venecia…, donde apenas llegar, dos preciosos homosexuales árabes, intentaron matarla. Pero, vamos a dejar ya eso. En mi opinión, tenemos dos posibles caminos. Uno, encontrar a Peter Muynck. El otro, encontrar a quien realizó o dirigió el atentado…, suponiendo que no fuese el propio Muynck. Como no sabemos dónde está Muynck, nos dedicaremos a hacer contacto con los otros posibles personajes, es decir, los que realizaron el atentado.

—Eso no va a ser fácil —frunció el ceño Omar Gafer.

—Facilísimo —sonrió Erika—: en realidad, tengo la esperanza de que ese contacto ya esté prácticamente realizado.

—¿Qué? —Respingó Gafer—. ¿Sabe usted quiénes atentaron…?

—Todavía no, pero lo sabré muy pronto. Ah, el café…

Omar Gafer tenía evidentes deseos de seguir haciendo preguntas, pero, en efecto, llegaba el café. Esperaron a que les sirviesen. Gafer señaló una mesita para que la cafetera fuese depositada allí, y esperó a que el servidor abandonase el salón.

—¿Cómo va usted a conseguir…? —empezó inmediatamente.

—No se lo diré. En cambio, usted tiene que decirme, por fin, cómo se realizó el atentado.

—Alguien disparó desde no sabemos dónde con un rifle de alta precisión. Jarif estaba en el jardín, conmigo. Estábamos paseando y conversando… Yo no oí nada. De pronto, él gimió, se llevó las manos al pecho, y cayó de bruces. Cuando reaccionamos, fue para llevar a Jarif al interior de la casa… Del tirador, ni rastro en parte alguna.

—¿Pasó algún helicóptero por encima de ustedes, o cerca?

—No.

—¿Había guardias en el jardín?

—Sí. Y no vieron nada.

—¿Conservan la bala que hirió a Jarif?

—Sí, sí. ¿Quiere verla?

—Me la llevaré, si no le importa. ¿Eso es todo lo que sabe?

—Eso es todo.

—En lo sucesivo, espero que tenga usted más paciencia antes de ordenar una ejecución de represalia, señor Gafer.

—Preséntele mis disculpas a la señorita Montfort.

—Si ella hubiese sido asesinada, ya nadie podría presentarle disculpas.

—Lo siento. ¡Parecía todo tan claro…! Ya le digo que solo Brigitte Montfort sabía que Jarif estaba en Venecia.

—Teóricamente. Pero también puede saberlo Muynck, quien quizá vigiló a Jarif después de venderle esa información, supo que había venido a Venecia, y preparó algún extraño juego.

—Yo no lo veo así. ¿Por qué había de suponer Muynck que Jarif abandonaría su residencia después de recibir su información?

¿Cómo había de saber Peter Muynck que Jarif vendría a Venecia para ponerse en contacto con una espía americana? Eso es imposible, señorita… Schenk.

—Tiene razón —tuvo que admitir Erika, fruncido el ceño—… Bueno, ya verá como solucionaremos este problema, señor Gafer. ¿Sabe lo que me tiene verdaderamente sorprendida y desconcertada?

—¿Qué?

—Esto: ¿por qué Jarif decidió recurrir a mí? ¿Por qué precisamente a mí? ¿Acaso ustedes no tienen personal adecuado para afrontar cualquier dificultad?

—Por supuesto que lo tenemos —gruñó Gafer.

—Entonces… ¿por qué recurrir a mí? ¿Qué esperaba Jarif que yo hiciese que no pudiese ser hecho por ese personal árabe sin duda altamente capacitado para afrontar dificultades de todo tipo?

—No lo sé. Jarif no me dijo eso, lo siento. Pero, es cierto ¿por qué recurrir a usted, si nosotros disponemos de personal apto para cualquier servicio, por arriesgado que sea?

Erika Schenk permaneció en silencio, pensativa, mientras tomaba el café.

¿Por qué llamarla a ella? Jarif Iben Maula no estaba introducido en los círculos políticos, ni militares, ni de espionaje de su país, pero, sin la menor duda, tenía contactos personales que podían movilizar cualquiera de estos círculos. Le habría bastado pasar a quien correspondiese la información sobre el inminente sabotaje contra el proyecto Los Jardines de Alá. Así pues, ¿por qué había recurrido a ella?

—¿Debo entender, entonces, que Jarif no ha pasado esa información a ningún servicio secreto árabe, que solo usted y él saben lo que puede ocurrir…, y que él decidió recurrir únicamente a mí? —insistió todavía.

—Así es.

De nuevo quedó silenciosa Erika Schenk durante casi un par de minutos. Y otra vez, de pronto, preguntó:

—¿En qué consiste el proyecto? ¿De dónde y cómo piensan conseguir agua baratísima, potable y abundante para el mundo árabe?

—Del casquete polar antártico.

Erika se llevó una mano a la frente, en gesto de reproche hacia sí misma.

—Cielo santo, ¡claro! ¿Se refiere a eso? ¿A remolcar témpanos de hielo desde el Polo Sur hasta África? ¡Pero si lo he estado leyendo en los periódicos…!

—¿Le parece mala idea?

—No. En estos tiempos, todo es posible. Pero ¿qué tiene que ver Jarif con ese proyecto?

—Él fue el inventor y promotor de la idea, y todo el mundo árabe le escuchó. Por si le interesa, algunos enormes icebergs están siendo ya remolcados desde el antártico hacia el mar Rojo.

—¿Ya? —exclamó Erika—. ¡Pero…! Bueno, realmente, me parece bien… Pero está claro que van a tener ustedes no pocas dificultades para convertir en agua esos icebergs…, en el supuesto de que crucen la zona tórrida del planeta sin derretirse.

—Todos los problemas técnicos que usted pueda plantear, señorita Schenk, han sido ya resueltos por personal capacitado, se lo aseguro —sonrió Gafer.

—¿De qué modo?

—Lo ignoro. Yo no entiendo de esas cosas.

—Ya. Pero ¿qué clase de sabotaje puede realizarse contra unos témpanos de hielo que sin duda deben de ser enormes? ¿Cortar los cables de arrastre? Eso es muy arriesgado… y estúpido, ya que los hielos nunca se terminarán en el Polo Sur. ¿Se le ocurre algo?

—No, francamente.

Erika Schenk abrió la boca para decir algo más, pero no llegó a hacerlo. De pronto, la conversación sostenida apenas tres días antes con Charles Alan Pitzer pareció explotar en su mente. ¿Qué había dicho tío Charlie?: que había unos hombres en Groenlandia dedicados al alpinismo, a subir y bajar de montañas de hielo…

—¿Le ocurre algo?

La rubia miró a Omar Gafer, todavía aturdida por sus propios pensamientos, por el giro que habían tomado estos.

—No —musitó—… No, nada. ¿Podemos ver a Jarif ahora?

3

Jarif Iben Maula yacía en una amplia cama en una de las habitaciones del piso alto. En el pasillo, Erika había visto a dos guardaespaldas. Dentro de la habitación, había otros dos, cerca de las ventanas, mirando siempre hacia el exterior, apoyando la vigilancia de los demás hombres que, sin duda, vigilaban ocultos en el jardín. También había otro hombre, igualmente árabe, menudo, elegante, de aspecto marcadamente intelectual, y que fue presentado por Gafer como el doctor Abdel, simplemente.

Tras un breve saludo a este menudo personaje que vigilaba celosamente el estado de Jarif Iben Maula, Erika Schenk se acercó a la cama en la que yacía el herido *sheik*, y se quedó mirándolo, en silencio. Yacía desnudo; cubierto por una sábana desde las caderas hacia abajo. Su torso estaba vendado. La cabeza colgaba flojamente hacia la derecha y Erika Schenk pudo contemplar las viriles y atractivas facciones de su antiguo amigo. En contraste con la negrísima barba y bigote ya con algunas canas, destacaba la lividez casi cadavérica del rostro. Respiraba lenta y débilmente.

Siempre en silencio, y con suma delicadeza, Erika tomó una mano de Jarif Iben Maula, y puso la yema de un dedo en el pulso, cerca de la muñeca, en la base del pulgar. Estuvo así más de tres minutos, bajo la expectante y un tanto desconcertada mirada del doctor Abdel. Por su parte, Omar Gafer la contemplaba con cierta hostilidad, fruncido el ceño.

Erika dejó la mano de Iben Maula, se inclinó, y puso sus labios muy cerca de los del árabe, percibiendo el flojo aliento Luego, le alzó primero un párpado y después el otro. Lo último que hizo fue poner una mano en la frente del herido.

Hecho esto, y sin haber pronunciado una sola palabra, Erika Schenk salió del dormitorio, seguida del muy irritado Omar Gafer, que apenas estuvieron en el pasillo, masculló:

—¿Qué ha significado todo ese reconocimiento? ¿Acaso dudaba usted de que Jarif estuviese herido?

—Así es —replicó apaciblemente Erika.

—¡Oiga usted, señorita Schenk…!

—Cálmese —sonrió ella—. Y póngase en mi lugar, señor Gafer. Me cita un amigo en Venecia, intentan matarme nada más llegar, y luego se me recibe con buenos modales… ¿Qué habría pensado usted?

—¿Yo? No lo sé.

—Entonces, es más ingenuo que yo. Mire, señor Gafer, estoy cansada de que se me engañe… O de que se intente engañarme, que es muy diferente. Comprenda que yo tenía que ver a Jarif, asegurarme de que estaba aquí, vivo y bien atendido. Y de que estaba herido de bala, no sometido por cualquier otro procedimiento.

—¿Otro procedimiento? ¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, a drogas. ¿Por qué se sorprende? —Erika casi rio, al ver el gesto de pasmo de Gafer—. Muchas veces han intentado utilizarme recurriendo a trucos que aún le sorprenderían más. Compréndalo: Jarif podría estar drogado, colocado ante mis ojos solo como pieza de convicción, para que yo siguiese un juego en el que sería engañada.

—¡Por Alá…! ¡Verdaderamente, es usted desconfiada, señorita Montfort!

—Schenk —corrigió Erika—. Y ahora, señor Gafer, vamos a hablar verdaderamente en serio…

* * *

La preciosa rubia abandonó la villa, volviéndose para saludar con simpático gesto al árabe que la acompañó hasta las verjas, las abrió, y luego las cerró. Con mucha más decisión que a su llegada, la rubia caminó presurosa, llegando en pocos minutos al embarcadero. Saltó a su lancha tras soltar la amarra, la puso en marcha, y zarpó rumbo a la cercana Venecia.

No debía de estar ni a un cuarto de milla de Treporti cuando dos hombres llegaban apresuradamente a otra lancha amarrada algo alejada del lugar donde había dejado la rubia la suya. Rápidamente,

saltaron a bordo, y partieron en pos de Erika Schenk, dando toda la velocidad al motor.

Desde su lancha, navegando a mediana velocidad, y mientras simulaba mirar a los lados, Erika vio con el rabillo del ojo la lancha que se iba acercando, alzando una alta ola de espuma. Una seca sonrisita pasó, fugaz, por los labios de Erika. Pasmoso. ¿Quizá con el tiempo y la experiencia ella se estaba convirtiendo en una adivina?

Simulando ignorar la otra lancha, continuó navegando, como a placer, al aire los rubios cabellos, fija la mirada en los edificios de Venecia… De pronto, y «muy sorprendida», volvió la cabeza hacia su izquierda, y miró con los ojos muy abiertos la otra lancha, que navegaba ahora paralela a la suya. Uno de los hombres estaba a los mandos. El otro, apoyado en la borda, la apuntaba con una pistola provista de tubo silenciador.

—¡Deténgase! —Le gritó este hombre—. ¡Pare la lancha!

Pese al rugido de ambos motores, la rubia oyó perfectamente la orden, y tras una vacilación que parecía fruto de lógico desconcierto, paró el motor. La lancha comenzó a perder velocidad inmediatamente, y lo mismo sucedió con la otra cuando la velocidad fue controlada. El hombre que la tripulaba solo paró el motor cuando estuvo seguro de que ambas lanchas, tras inofensivo choque, quedarían juntas.

Y, apenas sucedió esto, el de la pistola saltó a bordo de la lancha de Erika Schenk, que todavía navegaba muy suavemente.

—Coloque sus manos sobre la cabeza —ordenó el hombre—… ¡Vamos, hágalo!

Erika obedeció, al parecer muda de miedo. El hombre le pasó la mano libre por todo el cuerpo, desdeñando el placer de manosear tan espléndidas y turgentes formas para concentrarse en la búsqueda de un arma.

—¿Qué… qué hace usted…? —tartamudeó Erika.

—Súbase la falda.

—Pero…

—¡Haga lo que le digo!

Erika Schenk lo hizo. Se subió la falda, mostrando sus sensacionales piernas, y las caderas. El hombre asió las braguitas, las bajó, echó un vistazo al rizado triángulo donde podía haber

oculta un arma, y luego, siempre sin empacho alguno, metió la mano entre los senos de Erika.

—Está bien, señorita Montfort —dijo—. Parece que no lleva usted ningún arma. Va a venir con nosotros, de todos modos.

—Pe… pero yo… ¡yo no me llamo Montfort! —exclamó Erika.

—¿Ah, no? —La miró entre irritado y sorprendido el hombre.

—¡Claro que no! Me llamo Erika… Erika Schenk, y no soy francesa, sino alemana… ¡Ustedes me han confundido con otra persona!

El hombre de la pistola parpadeó, cada vez más desconcertado, pero todavía desconfiado. Miró a su compañero, que permanecía en la otra lancha, ambas flotando ahora mansamente. El otro encogió los hombros, evidenciando también su desconcierto.

—¿No es usted Brigitte Montfort, de Nueva York? —masculló el sujeto.

—¡Ya le he dicho que no! ¡Y ustedes no tienen…!

—¿Puede demostrar que es usted Erika Schenk?

—¿Demostrar…? Bueno, tengo mi pasaporte en el maletín, si eso le sirve. ¡Escuche, esto…!

—¡Cierre la boca de una maldita vez!

El de la pistola le hizo una seña al otro, que apuntó con su pistola a Erika. El que estaba en la lancha de esta, guardó la suya, asió el maletín que Erika le había señalado, lo abrió, y lo primero que vio fue un fajo de billetes americanos. No les hizo el menor caso; ni hizo caso a aquellas cosas que contenía el maletín, todas ellas normales dentro de un maletín de señora. Encontró enseguida el pasaporte, lo abrió, y contempló la fotografía, leyó el nombre, frotó el papel.

Luego miró el sello de entrada en Italia, que databa de más de cinco meses…

—La madre que te parió —masculló—… Está bien, eres una alemana llamada Erika Schenk, que habla inglés, italiano, y que acabas de salir de la villa del jeque Iben Maula. ¿De acuerdo?

—Sí… Eso sí…

—¿Y qué has ido a hacer en esa villa?

—¡No tengo por qué explicarles a ustedes lo que…!

—Erika —sonrió de pronto ceñudamente el hombre, sacando de nuevo la pistola—, estás muy buena, y me parece que contigo se ha

de pasar muy bien en la cama…, pero adonde vas a ir si no contestas a mis preguntas será al fondo del mar, con una bala en la cabecita. ¿Está esto bien claro?

Erika Schenk tragó saliva con dificultad, y sus labios temblaron un instante antes de que pudiera pronunciar un «sí», al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

—Estupendo. Ahora, dime qué has ido a hacer a la villa de ese jeque.

—Bueno, él… él y yo nos conocimos hace tiempo, precisamente aquí, en Venecia… Fue… muy amable y generoso conmigo, me hizo algunos regalos…

—O sea, que te acostaste con él.

—Sí… Sí, sí.

—Me parece bien, si eso te dio resultado. Y supongo que así debió de ser, ya que has ido a visitarlo… ¿Querías repetir la experiencia?

—Sí… Un amigo me dijo que había observado movimiento en la villa que Jarif tiene alquilada, y pensé que valía la pena visitarle por si quería… repetir nuestras relaciones por unos días. Así que le pedí la lancha prestada a mi amigo Salvatore, y… Bueno, pues eso: he ido a ver a Jarif.

—¿Y qué te ha dicho?

Erika parpadeó, como desconcertada.

—No he podido verlo. Me ha recibido un árabe gordo y calvo, miope perdido, y me ha dicho que Jarif no podía recibirme. Le he dicho que somos amigos, le he contado lo de la otra vez, pensando que si le decía a Jarif que Erika estaba allí, me recibiría. Pero el otro ha seguido negándose a anunciarme. Le he dicho que Jarif me recibiría, que me ayudaría a salir de un pequeño apuro…, y entonces me ha dado mil dólares, y me ha… rogado que me fuese.

—O sea, que no has visto al jeque.

—No… ¡Ese gordo idiota…! ¡Estoy segura de que Jarif se habría alegrado de verme, porque la otra vez quedó muy satisfecho! La otra vez me dijo que las rubias de carnes…

—Cierra la boca —gruñó el sujeto—. Y quédate aquí quieta, ¿de acuerdo?

Saltó a la otra lancha, y estuvo un par de minutos conferenciando con su compañero. Luego, regresó a la lancha de

Erika.

—Ese amigo tuyo, el tal Salvatore… ¿te está esperando con la lancha?

—No. Él debe de creer que voy a quedarme unos cuantos días con Jarif en la villa, como la otra vez.

—¿Y no le importa? —sonrió secamente el hombre.

—Oh, él sabe que Jarif es muy generoso…

—Ya. Y cuando el jeque se fuese, vosotros disfrutaríais del dinero que te habría dado, ¿no es eso?

—Pues… sí, eso es, claro… Bueno, Salvatore y yo nos entendemos muy bien…

—Ya, ya. Es todo un *gigoló,* ¿no?

—¡A veces, él también aporta dinero!

—A eso le llamo yo un hombre de pelo en pecho —gruñó el sujeto—. Bueno, Erika, continuemos la navegación. Pero ya no vas a ir sola. Yo iré contigo. Y todo lo que tienes que hacer es seguir a mi amigo.

—Pero…

—¿Te gustaría quedarte sin dientes? —Alzó la pistola el sujeto.

—No.

—Pues haz lo que te he dicho.

Las dos lanchas reanudaron su corta singladura, rumbo a Venecia. No tardaron en enfilar el amplio Canal de San Marco. A la derecha se veían los jardines de Viale Vittorio Veneto, y luego los Jardines Públicos de Viale Trieste. Un *vaporetto* se apartaba de la parada reglamentaria de Giardini Esposizione… La navegación comenzó a ser más densa ya frente al Palazzo Ducale, junto al cual se extendía la grandiosa Piazza San Marco. En Il Molo, docenas de góndolas iban y venían… Una gran motonave atestada de turistas salía por el Gran Canal, emitiendo toques de sirena…

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar Erika.

—Sigue por el Gran Canal, y calla.

Continuaron navegando por el Gran Canal hasta el Palazzo Bernardo. Aquí se desviaron hacia la izquierda, pasando junto al Palacio adentrándose en uno de los estrechos canales. Poco después, la lancha que los precedía se detenía junto a un alargado embarcadero, estrechísimo, paralelo a unas húmedas escaleras de piedra que ascendían. Erika también paró allí, las dos lanchas

fueron amarradas, y la rubia y los dos sujetos subieron la escalinata, hasta la no menos estrechísima acera que daba directamente al angosto canal. El tipo que había pilotado la otra lancha llamó a una puerta, esta se abrió a los pocos segundos, y entraron los tres. El hombre que había abierto la puerta se sorprendió al ver a Erika, pero uno de los otros le cuchicheó algo, y luego los cuatro se adentraron en la gran casa destartalada, oscura, sombría…

Una vez allí dentro, parecía que el sol jamás hubiese existido. Amortiguados llegaban zumbidos de motores, alegres gritos en italiano…

Fue abierta una puerta, Erika fue empujada hacia una oscuridad aún más impenetrable, y la puerta se cerró. Se oyó el crujir de la cerradura al girar. Luego, nada. Erika caminó con los brazos extendido hasta tocar una pared, que fue siguiendo, hasta dar la vuelta completa a la habitación, en la que no parecía haber muebles. Era fría, húmeda siniestra. ¡Y pensar que afuera lucía el sol…!

Caminó de un lado a otro hasta convencerse definitivamente de que no había mueble alguno. Ni siquiera había ventana, o si la había, había sido tapiada. Se sentó en el suelo, cruzó las piernas y se dispuso a esperar. Ni siquiera tenía su maletín, en el que entre otras cosas, llevaba la linterna-bolígrafo, las ganzúas… Lo que no llevaba era la pistolita, pues aquella situación había estado prevista por la agente Baby. Mejor dicho: provocada, no prevista. Era lógico que quienes habían atentado contra la vida de Jarif Iben Maula estuviesen vigilando la villa, para saber qué había sucedido como consecuencia de su disparo contra el jeque: ¿lo habían matado y retenían allí el cadáver, o estaba herido? Tenían que interesarse por ello, y era muy lógico que vigilasen la villa, y que se interesasen por la chica rubia que la había visitado…

Ahora bien: ¿de dónde habían sacado aquellos hombres el nombre de Brigitte Montfort? ¿Por qué la habían llamado así? Evidentemente ello significaba que sabían que Jarif Iben Maula se había citado con la mujer llamada Brigitte Montfort, pero… ¿cómo lo sabían? Por supuesto Erika Schenk no se hacía muchas ilusiones respecto a la fidelidad de la personas, así que admitía sin dificultad que cualquiera de los hombres que rodeaban a Jarif hubiese podido traicionar a este; empezando por Omar Gafer y terminando por los

dos maricas Ahmed y Nader…, y pasando por el propio doctor Abdel. Pero, todo tiene un límite lógico, así que cabía pensar que, puesto que Jarif Iben Maula continuaba con vida, era porque las personas que estaban con él le eran fieles…, quizá menos uno, que era el traidor, y que estaba esperando su momento, aunque esto era muy difícil, pues Jarif nunca estaba solo.

Erika Schenk se sumió en sus pensamientos, buscando el resultado lógico a las preguntas. Pero no tuvo tiempo de pensar demasiado. La cerradura chirrió, la puerta se abrió, y enseguida le llegó la voz de uno de sus captores:

—Tú, Erika, sal de ahí.

Ella salió, protegiéndose los ojos con una mano, ya que, en contraste con la oscuridad del cuarto en el que había permanecido, en el pasillo había incluso demasiada luz. Pero pronto todo volvió a la normalidad.

Subieron unas escaleras, ella entre los dos hombres. Llegaron a un amplio distribuidor que tenía una puerta en cada uno de los cuatro lados. Uno de los sujetos fue hacia una de esas puertas, grandes, y la empujó… Una claridad cenadora, un raudal de sol, cegó nuevamente a Eric Schenk por unos segundos. La agarraron de un brazo, y tiraron de ella. Oyó cerrarse la puerta a su espalda, y abrió los ojos. Estaba en una grandiosa habitación llena de sol, que entraba por las ventanas de formas moriscas que había a un lado. Afuera, muy audible, todo el bullicio de la vida de los canales.

Pero lo interesante no estaba fuera de aquella habitación, sino dentro, allí, ante sus ojos.

Frente a la puerta había un enorme lecho, en el cual yacían dos mujeres y un hombre, los tres completamente desnudos. El hombre estaba en medio, apoyado en unos almohadones, y se dedicaba a acariciar íntimamente a las dos mujeres, que parecían al borde del éxtasis, ronroneantes como gatitas en celo. Eran dos hermosas y jóvenes muchachas, de largos cabellos, cuerpos espléndidos, tersos.

Pero, sí, lo más interesante de todo era el hombre. Era un sujeto de corta estatura, que parecía cuadrado, muy ancho… Sí, parecía un gorila, exactamente. Y su rostro estaba muy acorde con su cuerpo. Boca grande, ojos pequeños y juntos, de movimientos vivos. Era increíblemente velludo, de miembros largos y fortísimos. En su estrecha frente había unas arrugas mientras los ojillos

contemplaban con viveza a la recién llegada. Su bocaza que parecía no tener labios, enorme, se movió.

—¿De modo que fuiste un caprichito del jeque? —preguntó, en alemán.

Erika Schenk, impresionada, asintió con la cabeza. Junto al gorila, que parecía bañado en sol, las dos muchachas gemían su cercano placer, ajenas a la entrevista que sostenía su manipulador con Erika.

—¿No tienes lengua? —preguntó el gorila.

—Sí —musitó Erika.

—Pues dime más cosas… ¡Y quiero que hables en alemán!

4

Erika volvió a asentir con la cabeza, como asustada. Magistralmente fingido, ya que no lo estaba en absoluto. Y con las pocas palabras que había pronunciado el simiesco personaje, sabía ya que él no era alemán; hablaba este idioma casi tan bien como ella, pero no era alemán…

Miró de reojo al hombre que había entrado con ella, y que permanecía impávido a su lado, y volvió a mirar al gorila.

—No sé qué decir —musitó en alemán, con voz tensa, y señaló al hombre que tenía al lado—… Ya se lo he dicho todo a él.

—Está bien —sonrió de pronto el gorila—. Solo quería oírte hablar, para estar segura de que eres alemana. Desnúdate y ponte en la cama con nosotros.

Erika retrocedió un paso, y sus ojos se abrieron mucho. El gorila lanzó una risotada.

—¿Qué te pasa? ¡Te aseguro que lo pasarás mejor conmigo que con ese jeque! ¡Te voy a hacer una demostración!

Dejó de acariciar a las dos muchachas, y saltó sobre una, como una fiera. La muchacha comenzó a dar grititos de placer, y gemidos. Erika Schenk cerró los ojos. Lamentó no poder hacer lo mismo con los oídos, y no se atrevió a taparse las orejas con las manos. Rápidamente, estaba comprendiendo que aquel sujeto era un ser extraño, capaz de cambiar del mejor humor a los más negros instintos.

La muchacha dejó de dar grititos, y se quedó suspirando. Erika abrió los ojos, y entonces vio al gorila sobre la otra muchacha, que tomó su turno de viaje por el reino del placer, gritando aún más que su compañera… Erika miró de reojo al hombre que tenía al lado, y que estaba lívido, contemplando la escena fascinado, alteradísimo… De la boca de la segunda muchacha comenzó a brotar un agudo sonido que parecía un gemido interminable. Con ella, el gorila rugía

furiosamente… Y de pronto, todo terminó. Erika así lo comprendió, y abrió los ojos. El gorila se dejó caer a un lado, miró a la prisionera, y lanzó un resoplido.

—¿Podría hacer esto tu jeque? —Gruñó.

—No —tragó saliva Erika—… Creo que no.

—¡Pues a mí todavía me quedan energías para seguir! ¡Ven aquí!

—No… No, no…

—¿Por qué no? —bramó el simio.

—Estoy… estoy demasiado… impresionada.

—¡Eso me gusta! —rio él—. Está bien, espérame afuera. Campbell, llévala al salón y que me espere allí.

El sujeto tomó de un brazo a Erika, y con la otra mano abrió la puerta. Salieron del amplísimo dormitorio soleado, y Campbell masculló algo, miró fijamente a Erika, y dijo, claramente:

—Si no fuese porque no sé lo que va a tardar él, te iba a dar tu ración… ¡Maldita sea, no debería hacer eso!

Erika prefirió no contestar. Campbell la llevó al salón, también muy grande, de techo muy alto, y provisto de ventanales idénticos a los del dormitorio, que daban asimismo al estrecho canal. En el salón esperaba el otro hombre de la lancha, y el que les había abierto la puerta de la casa poco antes.

—Giorgio —miró Campbell a este último—, tráenos algo de beber. Supongo que tú también quieres, Fickman.

—Claro —asintió su compañero.

De un empujón, Campbell sentó a Erika en un viejo sillón, en el que se hundió incómodamente. Campbell encendió un cigarrillo, la miró, y sonrió, torcidamente.

—¿Quieres uno? —ofreció.

Erika asintió, pero a la expectativa, esperando alguna «genial» salida de Campbell, pero este se limitó a ofrecerle el que acababa de encender, y encendió otro. Se sentó también, y se dedicó a fumar, en silencio, sombría la mirada. Por el ventanal llegaba el rumor de la ciudad, como envuelto en el resplandor de sol que inundaba el salón.

El llamado Giorgio regresó pronto, con una botella de vino, y los tres comenzaron a beber. Campbell miró a Erika, con gesto interrogante, pero ella negó.

Campbell encogió los hombros, y miró a Fickman.

—En un minuto se las ha cargado a las dos —gruñó.

—A mí esas cosas no me preocupan —desdeñó Fickman—. Cuando tengo ganas de jaleo sé también cómo pasarlo en grande… He estado pensando que deberíamos avisar a Mikoulos para que abandone su puesto. Si el jeque está herido, no saldrá a pasear. Y menos, después de lo que le ocurrió la vez anterior —rio secamente.

—Que lo decida Helios.

—¿Quién es Helios? —preguntó Erika.

—Ya lo has visto: el jefe, el que estaba en la cama.

—Ah… ¿De qué es jefe?

Campbell abrió la boca, estuvo así unos segundos, y luego masculló:

—Cierra la boca.

Erika la cerró, salvo para continuar fumando. Campbell, Fickman y Georgio bebían de aquel vino que no parecía de buena calidad, cosa que, evidentemente, les tenía sin cuidado. Erika buscó con la mirada un cenicero, y al no encontrarlo, miró interrogante a Campbell, que señaló hacia el ventanal.

—No seas tan fina, tíralo al canal… ¡No le va a pasar nada a Venecia por un poco más de mierda!

Erika se acercó al ventanal, miró hacia abajo, y tiró la colilla a las sucias, grasientas aguas. Todo era una lástima: el Hombre lo destruía todo, destrozaba la belleza allá donde la encontrase. ¿A cambio de qué? Eso no parecía fácil definirlo, desde luego… ¿Qué tenía el Hombre a cambio de la destrucción sistemática de todo lo bello que había en el mundo? Pues, indudablemente, cosas menos bellas: cortaban un pino, y hacían una silla; cortaban miles de flores y las machacaban, fabricando perfumes que, sin la menor duda, no tenían la fragancia natural de las propias flores que habían cortado.

¿Qué costaba tener un cenicero? Era más cómodo y más limpio…

Estaba mirando las aguas y pensando esto, calculando que la distancia desde el ventanal al agua era de unos cinco metros, cuando oyó la llegada del llamado Helios, el ser simiesco. Se volvió. Helios iba descalzo, y llevaba solamente una bata de color negro, de seda. Era evidente que acababa de ducharse, pero no se había molestado en secarse bien; ni siquiera se había peinado. Se sentó en un sillón, y le hizo señas a Erika, que se acercó. Cuando estuvo ante

él, Helios la agarró de una muñeca, tiró de ella y obligó a Erika a sentarse en sus rodillas. Inmediatamente, deslizó su mano hacia los senos de la rubia alemana.

—Me gustas —aseguró—… Estás fresca y dura. Luego haremos tú y yo cosas hermosas, pero ahora vamos a hablar de tu amigo el jeque. Me ha dicho Campbell que sus amigos te han dado mil dólares… ¿Es eso todo lo que esperabas que te diese el jeque por acostarte con él?

—No… No sé. Bueno, él fue mucho más generoso la otra vez.

—Ya. ¿Cuánto te dio? O mejor dicho: ¿cuánto esperabas sacarle esta vez?

—La otra vez, por tres días de compañía me dio… diez mil dólares americanos.

—¡Diez mil dólares! —bufó Helios, despectivamente—. ¿Te gustaría ganarte cincuenta mil?

Erika quedó pasmada un instante.

—¿Por acostarme con usted? —murmuró.

—Claro que no… Eso lo harías gratis en cuanto supieses lo bien que se pasa conmigo. Ya has visto a esas dos. ¡Estaban que se morían de gusto, ¿no es cierto?! Y lo mismo te pasaría a ti, así que si te portas bien, te haré gozar. Pero ahora estoy hablando de negocios. ¿Qué contestas?

—Bueno —sonrió Erika—, la perspectiva de ganar cincuenta mil dólares no me disgusta, se lo aseguro. Pero si no se trata de nada sexual, no sé cómo podría…

—Yo te lo diré. Tendrías que hacer un pequeño trabajo de… espionaje.

—¡Oh! ¡Yo nunca…!

—Tranquila —gruñó Helios—. Todo sería muy sencillo. Pero no podrías hacer nada si no consiguieses que el jeque te recibiese. ¿Podrías conseguir eso?

—No sé… Puedo intentarlo. ¡Por cincuenta mil dólares creo que sería capaz de convencer a sus criados para que me dejasen verle! No sé cómo lo haría, pero lo conseguiría.

—Vamos a dar por sentado que consigues llegar hasta el jeque. Él tiene que estar herido, o sea, que debe de estar en cama. Todo lo que tendrías que hacer sería colocar un pequeño aparato de escucha en la cama. ¿Comprendes?

—Me parece que sí… Lo que usted quiere es escuchar todo lo que el jeque hable con sus criados.

—Exactamente. ¿Crees que podrías hacerlo?

—No sé… ¿Qué pasaría si se diesen cuenta?

—Ah, no… ¡Nada de eso! Si no puedes hacerlo, no lo hagas. Tienes que hacerlo con seguridad. Si ves que es imposible, te comportas como si solo te interesase la salud de tu amigo, y sales de la villa… Entonces, pensaríamos otra cosa, pero de momento sería una estupidez arriesgar a una persona como tú, que puede ser recibida por Iben Maula.

—Comprendo. Intentaré hacerlo, sí.

—Estupendo. Y otra cosa… El jeque citó en Venecia a una mujer americana, una tal Brigitte Montfort, con la cual te confundieron mis hombres. Que yo sepa, esa Montfort es una periodista, muy conocida, por cierto. Que nosotros sepamos, no está en la villa; la hemos vigilado muy bien, y no hemos visto que llegase ninguna mujer más que tú… Sin embargo, ella fue citada en Venecia por Iben Maula, y yo quiero saber qué espera el jeque de ella, de la Montfort. ¿Qué papel puede jugar una periodista americana en este asunto? ¿Dónde está? ¿Ha llegado o no ha llegado a Venecia? Eso es lo que tienes que averiguar.

—¡Pero eso ya no va a ser tan fácil! —protestó Erika.

—Nadie dice que sea fácil. Y te repetiré lo de antes: nada de arriesgarte a fallar. Si hay algo que te parece que no puedes hacer, no lo hagas, y, como te he dicho, ya pensaríamos otra cosa… Cuidado con el sujeto calvo de los lentes: se llama Omar Gafer, y es muy listo, así que no intentes engañarlo a él. Prueba con otros.

—¿Cómo sabe usted todas esas cosas de ellos, de Jarif y de sus amigos? ¿Acaso ya tiene en la casa otros aparatos de escucha?

—Si los tuviese no recurriría a ti.

—Entonces, ¿cómo sabe todas esas cosas?

Helios frunció el ceño, vaciló, y por fin dijo:

—Cuando hayamos terminado con todo este asunto, te lo explicaré, y te daré el dinero, para que lo disfrutes con tu amigo Salvatore. ¿De acuerdo?

—Sí… De acuerdo.

—Aunque —sonrió Helios—, no creo que te guste volver con él después de haberla gozado conmigo.

—En ese caso —sonrió Erika—, me bastaría quedarme contigo. ¿O eso no sería posible?

—Ya veríamos. —Helios manoseó groseramente el espléndido cuerpo que tenía sentado en sus rodillas—… Desde luego, me gustas mucho.

—Tú también me gustas a mí —aseguró Erika.

—¿De veras? —exclamó el gorila.

—Al principio, no, la verdad… Pero… me vas gustando. Noto en ti una… fuerza extraña, que no había sentido en ningún otro hombre.

—Eres inteligente —murmuró Helios—. Quizá te deje quedarte conmigo, si sabes hacer bien las cosas que te ordene.

—Haré lo mejor que pueda… ¿Qué nombre es Helios?

—¿No lo sabes? —rio él—. ¡Helios es el dios griego del sol! Es hijo del titán Hiparión, y cada mañana asciende desde el horizonte del mar oriental montado en un carro tirado por cuatro caballos blancos para proporcionar luz a los hombres y a los otros dioses… Por la tarde ya cumplida su misión, se sumerge con su carro y sus caballos en el mar oriental. ¡Y yo soy Helios!

—¿Quieres decir… que eres un dios? —Se pasmó Erika.

Helios se echó a reír ruidosamente.

—¡No, no lo soy, pero me gusta ese nombre, y me gusta mucho el sol…! Cuando esto termine, si te llevo conmigo, lo comprenderás. Estaremos en un sitio donde el sol brilla intensamente, y podrás gozar de él, como hago yo siempre que no tengo que trabajar.

—No entiendo nada de nada —dijo Erika—, pero a mí también me gusta mucho el sol.

—Ya me he dado cuenta —dijo Helios, dejando casi al descubierto los serios de Erika—… Tienes los pechos dorados como el mismísimo sol. Como a mí me gustan… ¡Sí, seguramente, te llevaré conmigo! A menos que prefieras volver con tu amigo Salvatore.

—Me parece —musitó Erika— que mi vida será mucho más intensa y emocionante contigo que con Salvatore… ¡Y eso es lo que me gusta a mí!

—Sí, eres inteligente —repitió Helios—. De modo que estoy seguro de que entenderás todo muy bien cuando te lo explique. Ahora, yo voy a marcharme, pero volveré dentro de unas horas, con

el material para que lo coloques en la cama de Iben Maula. No temas, ninguno de mis hombres te molestará en ningún sentido… ¿Está claro, Campbell?

—Sí —murmuró este.

—Bien. —Helios besó los senos de Erika, y se puso en pie, alzándola en brazos, para depositarla enseguida en el suelo—… Acomódate en la casa a tu gusto. Yo volveré cuanto antes pueda.

* * *

Helios regresó hacia las tres de la tarde, cuando Erika, que había almorzado tranquilamente, aceptando entonces el vino que bebían Camphell, Georgio y Fickman, estaba durmiendo no menos tranquilamente una siesta, tendida en el sofá. Despertó «sobresaltada» cuando una mano apretó uno de sus pechos, y sus muy abiertos ojos quedaron fijos en Helios, que se había sentado en el borde del sofá.

—Aquí estoy —sonrió el gorila.

—¡Qué susto me has dado…! Estaba dormida como un tronco.

—Ya me he dado cuenta. Cuando te hayas despertado del todo hablaremos de esto.

Mostró en alto una pequeña caja de bakelita, del tamaño aproximado de una cajetilla de cigarrillos. En una de las caras amplias se veía una rejilla, ocupando la mitad del espacio; en la otra mitad, había dos pequeños botones negros.

—¿Qué es esto? —exclamó Erika, sentándose rápidamente.

—¿Estás bien despierta?

—Sí, sí.

—Bien. Esto es un aparato emisor, que funciona con baterías. Mientras estos dos botoncitos estén hacia arriba, no funciona, de modo que no se descargan las baterías. Por eso, no debes apretarlos hasta el momento justo en que vayas a colocarlo en la cama del jeque Iben Maula. ¿Ves? Primero aprietas uno, luego el otro… Quedan empotrados en la caja. Si uno de los dos botones no quedase empotrado en su hueco, sería inútil que dejases el emisor, pues no funcionaría. ¿Lo has comprendido todo?

—Sí, estoy segura.

—Prueba a hacerlo tú.

Helios presionó los botones, soltándolos seguidamente, con suavidad, y entregó la caja a Erika. Esta apretó los botones, que quedaron hundidos, fijos en su hueco. Luego, imitando a Helios, volvió a presionarlos, retirando rápidamente el dedo, y los dos botones quedaron en posición alta. Helios asintió, satisfecho.

—El único inconveniente de este emisor es que resulta un tanto grande, pero no disponemos de otro, así que tendrás el problema de tenerlo oculto hasta el momento de colocarlo en la cama del jeque. Entre los pechos, se notaría. En la mano, no cabe tan holgadamente que no pueda ser visto en algún momento… ¿Se te ocurre algo?

Erika Schenk frunció graciosamente el ceño, y estuvo pensativa unos segundos.

—Mi maletín —pidió de pronto.

Helios se volvió, haciendo una seña a Campbell, que salió en busca del maletín. Una vez en poder de Erika, esta sacó el rollo de ancha tira de esparadrapo, cortó un trozo, y sujetó con él la caja de bakelita en la cara interna de su muslo izquierdo. Lo aseguró con otra tira, y miró con gesto triunfal a Helios.

—¿Lo ves? —preguntó.

—Lo veo —murmuró el gorila.

—¡Pues ya no lo ves! —rio ella, bajando la falda.

—Es un buen escondite —admitió Helios—, pero no se puede decir que lo tengas muy a la mano con la suficiente discreción.

—Si consigo llegar hasta Jarif, podré sentarme junto a la cama, si es que está en la cama, como tú dices… Y una vez sentada, puedo arreglármelas para despegar el emisor y colocarlo bajo el colchón… ¡Oh, estoy segura de que podré hacerlo, Helios!

—Parece factible, en efecto —gruñó Campbell.

Helios vaciló, pero acabó por aceptar.

—De acuerdo. Dentro de un rato, irás a la villa de Iben Maula, y lo intentarás. Si pese a todas las precauciones, te atrapasen en el momento de colocar el emisor, aprieta de todos modos los botones, y da un grito. Campbell y Fickman estarán cerca, con el receptor, y sabrán lo ocurrido, y si es posible, te sacarán del apuro. Aunque voy a insistir una vez más en que si crees que no puedes hacerlo con las máximas garantías de seguridad, desistas de ello.

—¡Pero si tiene que ser muy fácil, Helios! —exclamó impetuosamente Erika Schenk.

—Eso ya lo veremos. Bien, el emisor es tuyo: a ver qué consigues hacer con él.

5

Omar Gafer dejó de contemplar con escasa curiosidad la caja de bakelita, y la depositó sobre la mesita que se interponía entre Erika Schenk y él, y en la que humeaba aromáticamente el café.

—Está bien —dijo, con tono seco—. Ahora ya sabemos dónde están, así que avisaré a Ahmed y Nader para que con los demás hombres de la vigilancia exterior, vayan a cazar a esos… ¿No?

Erika, que había estado moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—Claro que no hará eso, Gafer.

—¿Por qué no? Sabemos quiénes son los que han intentado matar a Jarif, y aunque él no está en condiciones de hablar y por lo tanto nada podrían escuchar, no voy a permitir que coloquen un micrófono en su cama.

—No es un micrófono —sonrió Erika—: es una bomba.

Gafer quedó turulato un instante. Luego, palideció.

—¿Qué? —Respingó.

—Vamos, vamos, Gafer… ¿Para qué querrían Helios y sus hombres escuchar lo que pudiese decir un hombre al que, desde el primer momento, sin más complicaciones, quisieron matar? Si lo que hubiesen deseado hubiera sido espiarlo, no habrían disparado contra él. Es una bomba.

—Pero… ¡no vamos a colocarle una bomba a Jarif!

—Claro que se la colocaremos. Y estallará.

—¡Usted está loca!

—No. Lo que ocurre es que quiero saber quién ha enviado a Helios para eliminar a Jarif, y como consecuencia, quién pretende impedir la puesta en práctica del proyecto Los Jardines de Alá.

—Pero ¿qué importa quién haya sido? ¡Sabemos que un alemán que se hace llamar Helios pretende…!

—No es alemán: es norteamericano.

—¿Norteamericano? —Palideció de nuevo Gafer, aún no

recuperado de la vez anterior.

—Sí. Habla el alemán, y lo conoce lo bastante bien como para haberse atrevido a juzgar si yo era o no era alemana. Pero él no es alemán, sino norteamericano.

—Yo… no entiendo esto… ¿La CIA?

—Ahora, está usted pensando lo mismo que debió de pensar Jarif; cuando Peter Muynck le habló de Helios, y le dijo que era un norteamericano, Jarif pensó que la CIA tenía algo que ver en esto, y, para evitar que la cosa siguiera adelante, y evitar enfrentamientos que todavía podrían empeorar las cosas mucho más de lo que ya lo están en Oriente Medio, recurrió a mí. Solamente a mí, porque Jarif sabe que si alguien puede meter en cintura a la CIA soy precisamente yo, la agente que más privilegios y atribuciones tiene dentro de la propia CIA.

—¡No entiendo nada!

—Peter Muynck estaba trabajando para Helios, evidentemente. Por eso, sabía que este preparaba algo contra el proyecto Los Jardines de Alá. Por lo que fuese, Muynck decidió traicionar a Helios, y fue a venderle la información a Jarif. Pero Helios y sus demás hombres se dieron cuenta de la traición de Muynck, y le obligaron a confesar lo que había ido a decirle a Jarif. Supieron así que Muynck había informado a Jarif de que un grupo pretendía sabotear el proyecto, y de que ese grupo estaba dirigido por un norteamericano, cuyo nombre quizá Jarif sepa, ya que Muynck debió de decírselo. Pero nosotros solo sabemos que se hace llamar Helios, el dios del sol. Evidentemente, Helios mató a Muynck, y se dedicó a vigilar a Jarif. Así, le vieron a usted cuando fue a imponer personalmente el telegrama a Brigitte Montfort, y consiguieron enterarse de su contenido, sobornando a algún empleado de telégrafos. Por eso, supieron que Jarif vendría a Venecia, y también la señorita Montfort. Así que vinieron aquí, esperaron a Jarif, y atentaron contra él. Helios no es tonto, no… Sabía que si Jarif hacía eso era por algo concreto. Y pronto comprendió la verdad: Jarif venía a Venecia a entrevistarse con Brigitte Montfort para explicarle lo que sabía sobre el inminente sabotaje a Los Jardines de Alá. Y esto hizo comprender a Helios que Jarif no había comunicado a nadie más lo que Muynck le había dicho. Esto le sorprendió, así que, además de matar a Jarif, quería cazar a Brigitte Montfort, para

saber por qué Jarif había preferido entrevistarse con ella a comunicar a sus servicios árabes de seguridad lo que sabía. Seguramente, Helios continúa ignorando esto, pero yo lo he comprendido: antes de denunciar a un norteamericano que lógicamente «podía» estar trabajando para la CIA en un sabotaje contra Los Jardines de Alá; Jarif prefirió avisar a Brigitte Montfort, para que ella solucionase con discreción y habilidad la desagradable situación. Por eso, estoy segura de que Jarif no confió ni siquiera a usted que sabía que quien pretendía el sabotaje era un norteamericano. ¿Cierto?

—Sí… Jarif no me informó de eso… Dijo que solo me pondría al corriente de todo después de haber hablado con Brigitte Montfort.

—Lo que confirma toda mi teoría. Ahora, con lo que sabemos, nosotros, en efecto, podríamos ir a cazar a Helios, y asunto terminado. Pero no me gusta esa solución.

—¿Por qué no? ¡Es la más simple!

—Precisamente. Yo le aseguro a usted que la CIA no tiene nada que ver con ese proyectado sabotaje. Sin embargo, Helios es norteamericano. Muy bien: ¿para quién está trabajando?

—Podemos obligarle a decírnoslo.

—Ya sé. Pero… ¿y si no lo sabe?

—¡Cómo no habría de saberlo…!

—Puede que no. Helios es un aventurero, Gafer. Solo eso. Un tipo audaz, duro, un vividor espabilado, seguro de sí mismo. Recibió el encargo de preparar el sabotaje contra Los Jardines de Alá, pero ese encargo pudo haberle llegado de forma tan bien pensada, tan indirecta, que apostaría mi cabeza a que Helios no sabe quién le ha contratado. Lo que sí supo fue que Muynck le había traicionado con Jarif, y eso le puso en peligro personalmente. Por lo tanto, antes de seguir adelante con el proyecto del sabotaje, quería asegurarse de que Jarif, y cualquier otra persona que supiese lo que había dicho Peter Muynck, morían. Y esto, por dos motivos. Uno, por su propia seguridad frente a un ataque por parte de la CIA o de los servicios secretos árabes. Dos, porque si quienes le habían pagado sabían que él estaba delatado, también querrían eliminarlo. Por eso, antes de proceder al sabotaje, Helios ha querido eliminar a Jarif Iben Maula, y, comprendiendo que la llamada de este a Brigitte Montfort implicaba que Jarif quería hablar con ella antes

que con nadie sobre el sabotaje, también quiere capturar a Brigitte Montfort, de quien espera que le aclarará la extraña actitud de Jarif Iben Maula de no poner a los árabes al corriente del proyectado sabotaje a Los Jardines de Alá. O sea, que él quiere matar de una vez a Jarif y capturar a Brigitte Montfort. Luego, decidirá lo que hace. Ese es su juego… El mío va a consistir en seguirlo, en darle cuerda larga a Helios, y permitir así que me lleve hasta las personas que lo están dirigiendo. Esas son las que interesan, no un simple aventurero como Helios. Y yo sé que si Helios cree que las cosas le están saliendo bien me conducirá hasta esas personas. ¿Lo ha comprendido?

Omar Gafer asintió, se pasó una mano por la frente, y, por fin, murmuró, no poco impresionado:

—¿Cómo ha podido usted llegar… a todas esas conclusiones?

—Pensando. Estoy acostumbrada a estos juegos.

—¡Por Alá! ¡Usted llama juegos a estas cosas…!

—Para mí lo son. Es algo así como esos problemas que ponen a los niños en el colegio: si Fulanito tiene tres manzanas, se come una, y regala otra a Menganito…, ¿cuántas manzanas le quedan?

Un blanquísimo pañuelo apareció en la mano de Omar Gafer, que se lo pasó por la frente, perlada de finas gotitas de sudor.

—¿Qué sugiere usted que hagamos? —susurró.

—Ya se lo he dicho: seguir el juego.

* * *

—Ahí viene Erika —murmuró Campbell.

Helios, sentado en el asiento de atrás del coche, asintió, y sacó una radio de bolsillo, efectuando una llamada.

—¿Qué hay? —Sonó una voz en el aparato.

—Mikoulos, soy Helios: ¿has visto salir a Erika?

—Claro. No me he movido en todo el tiempo del observatorio. Podría haberla cazado a balazos, como hice con el jeque…

—Ya te dije antes que no se trata de nada de eso. Tú sigue ahí esperando instrucciones, por el momento. ¿Ha salido alguien detrás de Erika, o alguien la esperaba fuera, o la han seguido…?

—No. En todo el tiempo que yo la he estado viendo, y que no ha sido poco, nadie se ha acercado a ella, ni parece que la vigilen, ni

nada parecido.

—De acuerdo. Sigue ahí, vigilando la villa. Es todo, por ahora.

—Bien.

Helios guardó la radio, tras cortar la comunicación. Tocó en un hombro a Campbell, que estaba ante el volante.

—Llámala.

Campbell apretó el claxon, pero Erika, que pasaba relativamente cerca de ellos, no reaccionó. Continuó caminando, un tanto altivamente. Fickman, que estaba sentado junto a Campbell, soltó una risita.

—Debe de creer que es algún tipo cachondo que quiere invitarla a la cama —dijo.

—Alcánzala —dijo Helios.

Campbell puso en marcha el coche, y se acercó a Erika, volviendo a hacer sonar el claxon cuando estuvo a su altura. La espléndida rubia volvió la cabeza hacia el coche, fruncido el ceño. Al ver a Campbell, quedó estupefacta, e inmediatamente se acercó al coche, que se había detenido. Helios abrió la portezuela izquierda de atrás, y Erika entró, sentándose a su lado, exclamando:

—Creía que me esperabais en la lancha… ¡No sabía que tuvieseis un coche aquí!

—No tiene nada de extraordinario —sonrió Helios—. Nosotros trabajamos bien. ¿Has colocado el emisor en la cama de Jarif Iben Maula?

—Sí —se iluminó el rostro de Erika—… ¡He podido hacerlo, sin ninguna dificultad, además!

—¿Seguro que nadie se ha dado cuenta?

—¡Estoy segura de que no!

—¿Cómo convenciste a Gafer?

—Bueno —sonrió maliciosamente Erika—…, una chica bonita puede conseguir muchas cosas cuando emplea toda su persuasión. Pero no creo que ese emisor sirva de gran cosa, Helios.

—¿No? ¿Por qué?

—Pues… a mí me parece que Jarif está muy mal. Yo diría que va a morir. Y suponiendo que pudiesen salvarle la vida, desde luego tardará muchos días en poder hablar. Está muy demacrado, delgado… ¡Ya parece muerto!

—Pero no lo está.

—No… Vi claramente que respiraba.

—De acuerdo. Ve hacia la villa, Campbell.

—Vale.

—¿Hacia la villa? —Respingó Erika—. ¿Para qué?

—¿Sabrías decirme en qué habitación está Iben Maula? —preguntó a su vez Helios.

Erika estuvo unos segundos pensando, antes de asentir.

—Sí… Creo que sí. Bueno, la escalera está en el centro del vestíbulo y al fondo. Sube describiendo un arco… Luego, el pasillo. La habitación de Jarif está a la derecha del pasillo, o sea, que vista desde fuera de la villa, su habitación corresponde a dos de las ventanas de la izquierda. Pero no podría decirte cuáles.

—Eso no importa.

—Ah. Bueno, pero ¿qué tiene qué ver dónde está la habitación de Jarif para escuchar lo que se hable allí?

—Solo se trata de una prueba.

—No comprendo…

—Ya comprenderás.

Llegaron muy pronto a un punto de la avenida desde el que se veía la parte izquierda de la casa, por entre árboles y flores. Pronto anochecería. Por entre la ligera bruma, a lo lejos, se veían ya las luces de Venecia, recién encendidas. En Treporti el aire era más transparente, todavía se podía aprovechar la última luz del día. Fickman, que había ido mirando hacia atrás y a los lados, miró finalmente a Helios, y dijo:

—No veo a nadie que haya podido seguirla. Yo creo que todo está bien, Helios.

—Seguir, ¿a quién? —preguntó Erika—. ¿A mí? ¿Por qué habrían de seguirme?

Helios había sacado un pequeño aparato, parecido a la caja de bakelita, también con dos botones.

—¿Apretaste los botones del emisor? —preguntó.

—Claro. ¿Vamos a escuchar algo ahora?

—Yo diría que sí —rio Fickman, volviéndose hacia la villa.

Helios apretó los dos botones. En el acto, apareció un rojo resplandor en la villa, y en menos de un segundo, el tremendo estampido llegó hasta el coche… Erika Schenk volvió la cabeza hacia la villa todavía a tiempo de ver el resplandor, y cómo dos

ventanas del lado izquierdo de la casa reventaban envueltas en fuego, cristales, polvo y humo… Un suave golpe de viento llegó hasta el coche, y penetró por las abiertas ventanillas.

—Dios mío —jadeó Erika—… ¡Dios mío! ¿Qué… qué es eso…?

—Vamos al embarcadero, Campbell. Sin prisas.

—*Okay*.

El coche maniobró, dio la vuelta, y se alejó de la villa, hacia la cual corrían algunas personas a pie. Erika volvía la cabeza, y sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas. Miró a Helios cuando oyó su voz diciendo:

—¿Lo has visto, Mikoulos?

—Naturalmente —sonó la voz en la radio que tenía Helios en las manos—… ¡No deben de haber quedado de ese árabe ni los huesos! ¿Qué hago ahora? ¿Me reúno con vosotros?

—No. Sigue ahí.

—Pero…

—Sigue ahí. —Helios cortó la comunicación, guardó la radio, y miró a la cada vez más estupefacta Erika, sonriente—… Mikoulos es mi tirador especial. Como suele decirse, donde pone el ojo pone la bala aunque dispare desde más de quinientos metros, como es el caso. Está en la terracita de una insignificante casita, construida en un pequeño promontorio, a quinientos y pico de metros de la villa. No fue fácil encontrar el lugar, y, sobre todo, ocuparlo. Tuvimos que recurrir a procedimientos poco… amables. Naturalmente, Mikoulos es quien hirió a Jarif Iben Maula la primera vez.

—¿Quieres decir… que fuisteis vosotros quienes heristeis a Jarif…?

—Exacto. ¿No se te había ocurrido?

—No… Bueno, no sé, no… no había pensado en ello…

—Pues si es tan tonta, no comprendo por qué quería el jeque Iben Maula entrevistarse con usted en Venecia, señorita Montfort. ¡De verdad, no lo comprendo!

Erika abrió la boca…, y se quedó así, mirando la pistola provista de silenciador con la que Fickman, vuelto hacia ella, le apuntaba al pecho. Cerró la boca, miró al sonriente Helios, y también sonrió.

—Otra vez vuelves a confundirme, Helios. Yo soy…

—Vamos a dejarnos de tonterías, ¿le parece bien? —cortó ahora secamente el gorila—. Sé perfectamente que usted es Brigitte

Montfort. ¡Vamos…! ¡Todo ese cuento de la cachonda putita elegante que va a visitar a uno de sus antiguos clientes…! ¡Tonterías! Mire, señorita Montfort, nosotros, por medio de cierto telegrama cuyo contenido pudimos conocer, sabemos que usted fue citada en Venecia por Iben Maula. Solo Brigitte Montfort podía ser la mujer que fuese a esa villa. Así que vamos a dejarnos de tonterías de una puerca vez. Y otra cosa: estoy muy molesto con usted.

—¿Por qué razón? —Alzó las cejas Erika.

—Porque ha debido de creer que soy el tonto más tonto de todos los tontos del mundo. Seguramente, es usted una espía…, y de no poca importancia, considerando que el jeque prefirió recurrir a usted antes que a los servicios especiales árabes, o a la propia CIA, al saber que un norteamericano se proponía sabotear Los Jardines de Alá. Sí, tiene que ser usted muy, muy importante… Pero eso no la autoriza a tratar a los demás como si fuésemos tontos.

—Vaya… Me parecía que así era. Pero, evidentemente, has sido tú quien ha estado jugando conmigo, Helios.

—Así es. Pero el juego aún no ha terminado, ni por su parte ni por la mía.

—No comprendo.

—Comprende usted perfectamente, querida. Usted simuló ignorar que el emisor era una bomba. Yo simulé estar convencido de que la engañaba, y de que así, Iben Maula moriría. Pero esa explosión no ha matado al jeque. La habitación estaba vacía, y todos a salvo; como la casa, además, no tiene otras casas cerca, no había peligro en hacer explotar la carga… De este modo, yo tengo ahora que creer que Iben Maula ha muerto, cuando no es así. Está vivo, en otra habitación. Ahora, durante toda la noche, habrá mucho movimiento en esa villa: llegará la policía italiana, agentes del SID, esto es, del Servizio de Informazione e Difensa italiano, y, seguramente, algún diplomático árabe que será urgentemente llamado. Como consecuencia de todo eso, las cosas se arreglarán muy discretamente: mañana por la mañana, un ataúd será sacado de la casa, y yo tendría que creer que en él va, despedazado, el cadáver de Iben Maula. Pero no será así… Es decir, Iben Maula irá dentro de ese ataúd, pero vivo, debidamente instalado, para ser trasladado al avión que le estará esperando en el aeropuerto Marco Polo, con el fin de trasladar sus restos mortales a su país. Y así, ya

sin más peligros, yo debería creer que Iben Maula ha muerto, cuando la realidad sería que era escamoteado ante mis narices sin peligro alguno, y llevado con todas las medidas de seguridad a su país, donde quedaría mucho mejor instalado y protegido. Sin embargo, señorita Montfort, no sucederán así las cosas: mañana por la mañana, cuando el ataúd sea colocado en el coche fúnebre, o en la discreta camioneta que habrá de conducirlo al Marco Polo, Mikoulos volverá a disparar desde su… atalaya privilegiada. Y esta vez no disparará con balas, sino que lanzará una granada especial contra el ataúd… ¿Lo comprende usted bien?

—Dios mío —gimió Erika.

—Así están las cosas. Están como usted las ha puesto, al pasarse de lista tratándome a mí como si fuese un pobre tonto. Los dos hemos jugado, usted ha perdido, yo he ganado. ¿De acuerdo?

—Helios… Escucha, todavía podemos… llegar a un acuerdo en todo este asunto…

—Quizás. Pero tendremos que partir de una base de seguridad para mí: quiero saber por qué Iben Maula te llamó precisamente a ti.

—Sí… Bien, Jarif y yo nos conocimos hace algunos años. Él supo entonces que, ocasionalmente, yo hacía algunos pequeños trabajos para la CIA, en la que tengo buenos amigos. Según Omar Gafer, Jarif dijo que antes de tomar ninguna decisión quería hablar conmigo a fin de que presentase a la CIA un informe sobre lo que sabía, por si esto podía evitar serias complicaciones.

—¿Qué informe?

—No lo sé. Te aseguro que es cierto que Jarif no puede hablar, está muy mal… Ni siquiera Gafer sabe lo que Jarif quería decirme exactamente. Me habló de un tal Muynck, que había facilitado cierta información a Jarif, pero no sabe de qué se trata, pues Jarif solo quería hablar, ante todo, conmigo.

—Es decir —se animó el rostro de Helios—, que lo que Muynck le dijo a Iben Maula, solo Iben Maula lo sabe.

—Sí, solo él.

—Muy bien. En ese caso, es como si nadie lo supiese, porque mañana por la mañana, ese jeque morirá de verdad. Y podré considerarme por fin a salvo. ¡Maldito Muynck…! Por su culpa hemos perdido muchos días, y he pasado muy malos momentos.

Pero, en fin, ya está todo solucionado. Hablemos ahora de ti… ¿Hasta qué punto eres importante para la CIA?

—¿Importante…? Bueno, yo no diría tanto. Ya te he dicho que solo he hecho ocasionalmente algunas pequeñas cosas para ellos. Algunos contactos, entregar extraños mensajes…

—¿Sabe la CIA que has venido a Venecia a ver al jeque?

—Claro que no. La verdad es que creí que era una cita particular, de simples amigos. Solo cuando hablé con Omar Gafer comprendí que estaba ocurriendo algo extraño…

—¿Y no has avisado a la CIA después de eso?

—¿Cómo habría podido hacerlo? —Se pasmó Erika Schenk—. Cuando salí de la villa, Campbell y Fickman me capturaron, y hasta entonces he estado contigo todo el tiempo… Bueno, menos en la casa de Jarif, pero todo lo que hemos hecho ha sido preparar esa mentira. Luego, cuando Jarif hubiese estado a salvo, o sea, a partir de mañana, yo sí que habría… avisado a la CIA, como hubiese podido.

—Otra cochinada de las tuyas. Bueno… ¿qué se te ocurre que puedo hacer contigo?

—Quizá deberías escuchar mi proposición.

—¿Qué proposición?

—Antes has mencionado a un norteamericano que se propone sabotear Los Jardines de Alá… Debo interpretar que estás trabajando para ese norteamericano, así que ponme en contacto con él y quizá pudiésemos llegar…

—Ese norteamericano, soy yo —sonrió Helios, fríamente—. En cuanto a Los Jardines de Alá, supongo que sabes de qué se trata.

—Pues… no. No recuerdo, al menos.

—Es el proyecto árabe para conseguir agua potable en cantidades ilimitadas y baratísima para todos los países árabes.

—Ah, sí, es cierto, he leído algo sobre eso… ¿Y tú piensas sabotear ese proyecto? ¿Por qué?

—No he hecho demasiadas preguntas a quienes me han proporcionado el trabajo. Pero, evidentemente, a alguien no le interesa que el mundo árabe, además de petróleo y otras riquezas, se… independice en sus necesidades de agua.

—Entiendo. ¿Y quiénes son esas personas?

—¡Ni yo mismo lo sé! —Rio Helios—. Pero ya lo sabré, cuando

todo haya terminado, y nos reunamos en las Seychelles.

—Si cuando dices «terminado», te refieres al sabotaje, creo que estás perdiendo el tiempo. ¿Cómo se pueden sabotear unos cuantos icebergs? Es absurdo intentar algo en ese sentido, pues los icebergs jamás se terminarán… ¿Qué clase de sabotaje puedes hacer contra esa cantidad de hielo inacabable? Sé que los árabes pretenden remolcar témpanos hasta el mar Rojo, y nada más. ¿Qué podrías hacer tú? ¿Atacar los remolcadores que arrastrasen los icebergs? Muy bien: ¿cuántas veces podrías hacerlo? ¿Una, dos, diez…? Al final, las fuerzas navales árabes te destrozarían…, y en el Antártico seguirían habiendo miles y miles de icebergs. ¿No es así?

—Las cosas nunca son tan simples —sonrió Helios—. ¿Sabes lo que piensan hacer los árabes con esos témpanos?

—Convertirlos en agua, claro…

—Sí, sí, pero… ¿cómo?

—Pues no sé… No me he interesado mucho por ello. Pero quizá podría incluso aportar ideas al respecto.

—¿De veras? —Se pasmó Helios—. ¿Qué ideas, por ejemplo?

—Helios, hemos llegado ya —dijo Campbell.

—Sí, sí, está bien —hizo un gesto Helios, dirigiendo una mirada hacia el embarcadero—… Pero quiero escuchar las ideas de la señorita Montfort. ¿Qué ideas son esas?

—Bueno, considerando que los árabes disponen de combustible al precio más barato del mercado, no sería para ellos ningún trastorno económico organizar una gran flota dedicada única y exclusivamente al transporte de témpanos desde el Antártico hasta el mar Rojo…

—Eso *ya* lo están haciendo. Pero ¿qué más? ¿Qué harían con esos icebergs?

—Convertirlos en agua.

—¿Te parece que es sencillo manejar icebergs tan enormes que pueden parecer islas, verdaderas montañas de hielo?

—Veamos… Supongamos que los árabes «cazasen» los icebergs más o menos en la línea del meridiano 60 Este, o sea, por las proximidades de Tierra, de Kemp, o de McRobertson, o de Lars Christensen…, sin perjuicio de que pudiesen desviarse hacia el este o el oeste, es decir, hacia la Costa del Príncipe Olav, o la Tierra de Guillermo II… Lo cierto es que, sin duda, no habría de faltarles

hielo. Una vez «capturadas» las grandes piezas de hielo, podrían subir por el meridiano 60 Este en una línea de navegación prácticamente recta, hasta el cabo africano Guardafuí, evitando, claro, la isla Socotra. Desde este punto, los remolcadores podrían dirigirse hacia el Este de Arabia y el Sur del Irán y, posteriormente, penetrar en el Golfo Arábigo. O bien, desde Socotra, desviarse hacia Adén y penetrar en el mar Rojo. Si se conseguía esto, es decir, si los témpanos llegaban allí tras haber resistido los calores ecuatoriales, todo sería muy sencillo.

—No me digas —gruñó Helios—… ¿Cómo lo harías tú?

—Supongo que los árabes ya deben de tener pensado su sistema, pero a mí se me ocurre que podría hacerse por medio de esclusas con diques secos. Se introducía el o los icebergs en un dique seco, como si fuese un barco, y se esperaba a que el sol, que no les falta tampoco a los árabes, derritiera los hielos, naturalmente, tras cerrar todas las compuertas de esos diques secos, de modo que estos se convirtieran en enormes… piscinas que se llenarían de agua potable. ¿Te imaginas la cantidad, de agua que puede proporcionar un iceberg que antes de ser troceado midiese, por ejemplo… cuatro kilómetros de largo, dos de ancho, y medio kilómetro de altura, entre la parte visible y la sumergida? Calculando por encima, y rápidamente, eso significa algo así como cinco mil millones de metros cúbicos de agua. No sé si puedes imaginarte esa cantidad de agua, querido Helios.

—Más o menos. Pero ¿qué harían con esa agua en las… «piscinas»?

—¿Qué habrían de hacer, sino bombearla a los lugares donde era esperada para su definitiva distribución por medio de canales adecuados? Supongo que sabes lo que es un oleoducto, Helios.

—Claro… Esas enormes tuberías por las que se envía petróleo de un lado a otro.

—Claro. Y si existen oleoductos… ¿por qué los árabes no habían de construir acueductos? Solo tienen que instalar tubos en los lugares adecuados, construir unos cuantos canales y unas cuantas instalaciones de bombeo, y asunto terminado. El agua podría llegar de La Ceca a La Meca —sonrió divertida Erika Schenk—… En poco tiempo, los árabes tendrían más agua de la que necesitasen. ¿Que todo esto sería muy caro? Sí, pero solo al principio. Luego, todo

sería baratísimo… Y los árabes no son pobres en estos tiempos, me parece a mí. Esta es su ocasión de conseguir Los Jardines de Alá… para siempre, mientras existan hielos en el Antártico. Ahora… o nunca. Ellos lo saben. ¿Y tú te consideras capaz de impedir un proyecto semejante? ¡Vamos, Helios, sé razonable!

Campbell había parado el motor, así que cuando Erika Schenk dejó de hablar, el silencio fue total dentro del automóvil. Los tres hombres la miraban fijamente, como fascinados.

Por fin, Helios murmuró:

—¿Qué clase de oferta podrías hacerme a mí si yo decidía… escucharla?

—Cualquier oferta. ¿Qué es lo que buscas? ¿Dinero? Pues bien podemos hablar de dinero. ¿Es dinero la que quieres?

—¿Qué otra cosa, si no?

—De acuerdo: dinero. ¿Cuánto quieres? ¿Un millón de dólares? ¿Cinco millones? ¿Cincuenta?

—¡¿Podrías pagarme cincuenta millones de dólares?! —Casi gritó Helios.

—Yo, no. Pero sí lo haría Jarif Iben Maula, una vez repuesto de esa herida. A menos que la CIA tuviera algo que decir, y de eso me encargaría yo. A fin de cuentas, esta puede ser una cuestión entre tú y los árabes.

—Pero eso… significaría traicionar a quienes me contrataron para el sabotaje a Los Jardines de Alá.

—¿Te pagan ellos cincuenta millones de dólares?

Helios se pasó las manos por la cara. Estuvo pensativo uno segundos, y par fin, masculló:

—Vamos a la casa de Venecia. Quiero discutir esto tranquilamente contigo… ¿Te parece bien?

—Por supuesto —aceptó Erika Schenk.

6

Entraron en la casa, y Fickman encendió la luz. Una pequeña lámpara pendiente del techo, que emitía una débil claridad amarillenta, bajo la cual todo parecía más sucio y sórdido.

Helios captó el gesto de Erika Schenk, y sonrió.

—No necesitaba un palacio para esto —explicó—. Llegamos a Venecia precipitadamente, y tuvimos que conformarnos con lo que encontramos, por medio de Giorgio, un viejo conocido mío de mis anteriores andanzas por Europa.

—Está bien —sonrió Erika—. Lo comprendo. ¿Quizá tenéis instalada en la casa alguna emisora que te comunica con tus jefes?

—Desde luego que no —exclamó Helios—… Ellos no saben que estoy en Venecia. Me preguntarían qué hago aquí, cuando volviese a mi base, y la explicación no les gustaría: son gente que quieren las cosas bien hechas, con el máximo de seguridad. Por eso me contrataron a mí… ¡Y todo estaría ya en marcha perfectamente si no hubiese sido por ese cochino de Muynck!

Erika Schenk fue a decir que, en aquellos momentos, él mismo, el propio Helios, se disponía a ser tan cochino como Peter Muynck, vendiendo a la señorita Montfort determinada información a cambio de cincuenta millones de dólares, y que, por tanto, la única diferencia consistía en que Helios era un cerdo que se vendía más caro… Pero optó por callar. No convenía irritar en modo alguno a Helios con frases que podrían hacerle tomar decisiones poco convenientes para ella. Así que asintió, plácidamente.

—Debes de haber pasado malos momentos por su culpa, evidentemente. Bien: ¿hablamos en serio del asunto?

—Vamos al dormitorio.

—¿Al dormitorio? —Lo miró ella vivamente.

—Claro. Es el lugar más confortable de esta casa.

Pasillos oscuros, escaleras… Llegaron ante la puerta del

dormitorio, Helios la empujó, y se apartó. Erika Schenk entró, y vio a las dos muchachas tendidas aburridamente en la cama, casi desnudas. Sobre una mesita había una pequeña radio a transistores que en aquellos momentos emitía música… Las dos se animaron visiblemente al ver a Helios. Saltaron de la cama, y corrieron hacia él, dando grititos, y comenzaron a besuquearlo y acariciarlo.

—Ya ves —sonrió el simiesco personaje—: ¡están locas por mí! ¿No es cierto, pequeñas?

Ellas rieron, y continuaron acariciándolo. Helios procedió a desvestirlas, con gran facilidad, sin que ellas dejasen de reír. Luego, dándoles unas palmadas, las empujó hacia la cama. Se volvió a mirar a la espléndida rubia, que había fruncido el ceño.

—Desnúdate tú también —dijo.

—¿Crees que es momento para estas cosas? —preguntó Erika.

—Me encanta estar en la cama bien acompañado —rio él.

—Mira, no quisiera… desilusionarte, pero en estos momentos estoy pensando en otras cosas. Creo que sería mejor que nos ocupásemos del otro asunto, en primer lugar.

—Hablaremos de eso en la cama, entre goce y goce. Desnúdate.

Erika Schenk vaciló pero tan brevemente que Helios ni se dio cuenta. Procedió a desvestirse, despacio… A medida que su cuerpo iba apareciendo, los ojos de Helios iban adquiriendo más y más brillo. Junto a la puerta, Campbell y Fickman parecían de un humor de cien mil demonios, fijas también sus miradas en aquel cuerpo dorado de formas esculturales.

—Esperad afuera —dijo Helios.

Campbell fue a decir algo, pero Fickman lo tomó de un brazo y tiró de él. Salieron los dos, y Campbell cerró dando un portazo. Helios se echó a reír.

—Se han puesto nerviosos… Pero a mí me cuesta un poco más ponerme en órbita. Luego, soy insaciable, pero al principio todo va muy lentamente… ¿Por qué no terminas de desnudarte?

Erika se quitó la última prenda que le quedaba, la tiró a un lado, y se quedó mirando a Helios, que se acercó y la abrazó por la cintura, inclinándose apenas para poder besar los senos; su estatura era ligeramente inferior a la de Erika, que permaneció impávida cuando las grandes manos masculinas comenzaron a deslizarse por sus turgentes formas, iniciando rápidamente la búsqueda de la

intimidad.

Pero algo no iba bien.

Sí, algo iba muy mal. La agente Baby llevaba demasiados años de lucha y sinsabores para que no captase aquella sensación de que las cosas no estaban desarrollándose convenientemente. Simuló corresponder al abrazo de Helios, y una de sus manos palpó el bulto del revólver que este llevaba en la axila derecha. Era zurdo…

De pronto, Helios se separó. Sus ojos relucían como los de un auténtico gorila en celo.

—Lo vamos a pasar muy bien —jadeó—… ¡Lo vamos a pasar maravillosamente los cuatro! Y para entrar nosotros en calor, será mejor que ellas nos ofrezcan su espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—Ahora verás. —Helios miró a las dos muchachas—… ¡Empezad con una de vuestras sesiones!

Ellas sonrieron dulcemente, y se abrazaron.

Comenzaron a besarse una a la otra, a acariciarse… Erika Schenk cerró un instante los ojos, pero continuó oyendo los suspiros y los chasquidos de los besos de las dos jovencitas de hermosos cuerpos, que se iban enardeciendo… Oyó junto a ella la pesada respiración de Helios, y lo miró. Él tenía los ojos desorbitados, fijos en la escena sexual inesperada. El rostro de Helios iba tornándose rojo, sus pupilas se dilataban… En la cama, las jovencitas proseguían con sus caricias que no solo estaban excitando al gorila, sino, ciertamente, a ellas mismas…

—Vamos nosotros a la cama —oyó Erika—… ¡Vamos con ellas a tomar parte!

Se acercó a Erika rodeándola, y la abrazó por detrás, apretándola con fuerza, clavando sus manos en las ingles de ella con un salvajismo atroz.

Pero no fue esto lo que asustó a Erika Schenk, ni mucho menos. Fue la comprensión de la verdad de lo que estaba tramando Helios.

Y de pronto, su codo derecho salió disparado fuertemente hacia atrás. Oyó el grito gutural de Helios, que aflojó la presión de su abrazo, de su brutal contacto posterior. Erika se volvió velocísimamente, desprendiéndose del todo de los fuertes brazos del gorila, y su mano derecha se alzó y descendió, silbando en el aire. Helios lanzó otro grito, intentó esquivar el golpe mortal de karate, y

lo consiguió parcialmente: la mano que habría hendido su cráneo le golpeó, de canto, en el hombro derecho: fue como un tremendo hachazo, que hizo crujir el hueso, que estuvo a punto de partir la clavícula como si fuese un simple palillo.

Rugiendo, Helios cayó hacia atrás, impulsándose al mismo tiempo con sus cortas y robustas piernas, de modo que se puso fuera del inmediato alcance de Baby, que pretendía quitarle la pistola. Pero Helios metió bajo la axila derecha su mano izquierda, y la pistola apareció, centelleante. Los ojos de Helios giraban enloquecidos de furia y dolor en las pequeñas órbitas.

—¡Cerda maldita…! —rugió.

Plop, disparó.

Pero al mismo tiempo, lanzaba otro grito, ahora de incredulidad, viendo cómo el cuerpo desnudo de Erika Schenk, vibrante, saltaba hacia arriba con tal impulso que no solo la bala pasó por debajo, sino que Erika llegó con la cabeza casi hasta el techo, pese a la altura de este, y disparó su puño derecho. La sucia lámpara estalló con un fulgor azulado, de relámpago, y una lluvia de cristales cayó con finos crujidos al suelo, algunos sobre Helios, que gritó una vez más, retrocedió en el suelo, y disparó de nuevo, pero cegado, sin saber hacia dónde lo hacía.

Plop.

En la cama, oyó los gritos asustados de las dos muchachas, pero no miró hacia allí, porque en aquel momento, al resplandor que entraba por las moriscas ventanas, vio el desnudo cuerpo desplazándose con la ligereza de una gata.

Desvió la pistola hacia aquel cuerpo, y apretó de nuevo el gatillo, en el momento en que la gata rubia saltaba hacia uno de los huecos.

Como en una fantástica película, Helios vio el hermoso cuerpo en el aire, girando de pronto como descontrolándose, y oyó el grito de dolor y de miedo…, que se perdió hacia las aguas del canal.

—¡Campbell, Fickman! —rugió Helios, poniéndose en pie.

Corrió hacia las ventanas, mientras la puerta se abría, y los dos hombres entraban en la habitación, pistola en mano, tan bruscamente que casi cayeron de rodillas, tropezando uno con otro en la semioscuridad.

—¡Helios! ¿Qué…?

—¡Ha saltado al canal! —rugió el gorila.

Guiados por la luz de los canales de Venecia, los dos corrieron junto a Helios, que estaba asomado, apuntando su pistola hacia las negras, sucias, polucionadas aguas del canal. Todavía pudieron ver el brillo de las ondas que se separaban concéntricamente desde un punto contra el que disparaba entonces Helios. Los dos le imitaron, apuntando sus silenciosas pistolas hacia aquel mismo punto donde, indudablemente, había caído el cuerpo de la espía internacional. En el agua aparecieron los pequeños surtidores ocasionados por las balas…

—Ya basta —jadeó Helios—… Creo que la acerté, pero vamos a esperar, por si sale.

En aquellos momentos no había nadie en el canal angosto y sucio. Llegaban rumores cercanos, pero nadie había allí, ni pasaba embarcación alguna. Las ondas aceitosas fueron alejándose, desapareciendo, y las aguas quedaron de nuevo quietas, como si fuesen de plomo fundido.

—No sale —susurró Fickman.

—Ya os he dicho que le acerté… Pero quiero asegurarme. Mirad bien.

Estuvieron más de tres minutos mirando arriba y abajo del canal. Las dos muchachas habían quedado silenciosas, parecía que ni siquiera existiesen.

Nada. Ni un chapoteo, ni la más leve señal en el agua.

—Está en el fondo —dijo por fin Helios, convencido—. Preparadlo todo. Nos vamos enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Campbell.

—Era demasiado lista… Se dio cuenta de que yo solo quería pasarlo bien con ella y matarla luego, que no iba a aceptar de ninguna manera un arreglo con ella, y me atacó.

—¿No ibas a aceptar? —Respingó Fickman—. ¡Eran cincuenta millones de dólares…!

—Eres un imbécil —barbotó Helios—. ¿Crees que el jeque habría llamado a alguien que solo sabía arreglar las cosas con dinero? ¡Eso podía haberlo hecho él mismo! Si le hubiésemos seguido el juego a la Montfort, habríamos terminado muy mal. ¡No era de fiar!

—Está bien. Le diremos a Giorgio que nos vamos ahora mismo.

Querrá su dinero.

—Yo se lo daré.

—¿Y las chicas?

Helios se volvió hacia la cama. Ahora, más acostumbrados sus ojos al resplandor de la luz del exterior, podía ver perfectamente las formas de los dos desnudos cuerpos sentados en la cama. Se acercó a esta, deteniéndose a los pies. Destacaba el brillo de los ojos de las muchachas, muy abiertos.

—¿Lo habéis pasado bien conmigo? —preguntó.

—Sí… Sí, Helios, sí.

—¡Mentira, puercas! Solo sois carne de alquiler, que sabéis vuestro trabajo… Os contraté para divertirme mientras estuviese aquí, por medio de Giorgio, y él debió de deciros que a mí me encanta que las mujeres gocen conmigo, que me hace sentirme importante y poderoso. Por eso en todo momento habéis estado fingiendo placer en nuestros contactos… ¡Pero sé bien que es mentira, que os repugno, como a todas las mujeres a las que me he acercado!

—No, no…

—Pero no me importa. Lo sé, y me limito a comprar lo que necesito para divertirme. Y cuando ya no lo necesito…

Plop, plop, plop, plop.

Relucientes gotas de sangre que parecían negras salpicaron a todos lados, brotando de los cuerpos de las muchachas, de los tremendos orificios producidos por las balas. Apenas gimieron mientras parecían aplastadas, zarandeadas por los impactos. Quedaron inmóviles, medio abrazadas, una de ellas de lado, de modo que todavía se pudo ver el brillo de sus desorbitados ojos.

—Eran solamente dos putas —dijo Helios—… Bien, nos vamos inmediatamente. Id a buscar a Giorgio.

—Debe de estar en el salón —musitó Fickman—… Parece que no ha oído nada.

—Más bien, no ha querido oírlo —rio Helios, con tono agudo—. Es muy discreto, lo conozco hace años.

Abandonaron el dormitorio, y fueron al salón, donde, en efecto, estaba Giorgio, con un vaso de vino en una mano. Mano que no parecía demasiado firme, desde luego. Al verlos, bebió un trago de vino, dejó el vaso, y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nos vamos —dijo Helios—. Ya no necesito la casa, ni a tus putas contratadas…, ni a ti.

—¡No, Homer, esper…! Plop.

Una diminuta flor roja apareció en el centro de la frente de Giorgio, que saltó hacia atrás, cayó de cabeza y de espaldas, y quedó inmóvil, muerto en el acto.

Helios guardó la pistola, en silencio, fruncido el ceño en lo que parecía una sonrisa, por demás siniestra. Fickman y Campbell se pasaron la lengua por los labios, y no dijeron nada.

—Vámonos —gruñó Helios.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró Campbell—. Si la Montfort no ha muerto, las cosas se nos van a complicar mucho. Tiene amigos en la CIA, y si se comunica con ellos, no nos será fácil marcharnos de Venecia.

—Ya sé. Pero esa cuestión la tengo resuelta.

—¿Cómo? —preguntó Fickman vivamente.

—De momento, no vamos a intentar abandonar Venecia, ni ninguna de nuestras posiciones, salvo esta casa, que ella sí conoce. Si ha muerto, todo seguirá normal, y nosotros lo sabremos. Si no ha muerto, ya nos las arreglaremos.

—La cuestión es saber si ha muerto o no —insistió Campbell.

—Ya te he dicho que no hay problemas en eso. Si ella no ha muerto, no solo se pondrá en contacto con la CIA, sino que se apresurará a cambiar todas las disposiciones respecto al traslado de Jarif Iben Maula. Nosotros vigilaremos esta noche la villa, y si vemos que las cosas se hacen diferentes a como ella las había planeado, es que está viva y nos hallamos en peligro. Pero si vemos que todo sigue igual es que ella ha muerto, que los hombres del jeque no lo saben, y que continúan con el plan inicial.

—Entiendo —asintió Campbell—… Podríamos vigilar la villa desde la terraza en la que está Mikoulos, pero si ella no ha muerto, la CIA buscará esa villa en un kilómetro a la redonda, y tú sabes que la encontrarán.

—Avisaremos a Mikoulos, lo sacaremos de allí, y esperaremos los cuatro en otro sitio, durante la noche. Si vemos que hay movimiento en la villa, que llega un ataúd, que llegan italianos y más árabes, es que todo sigue normal, que ella ha muerto. Pero, de

todos modos, ya no volveremos a la terraza de Mikoulos: antes del amanecer, nos apostaríamos en el aeropuerto. Tendrán que seguir la farsa hasta allí… Y si aparece el ataúd, sabremos que Iben Maula está dentro, vivo, y que todo el plan sigue como ella lo dispuso. Entonces, dispararemos. Es decir, lo hará Mikoulos, con una granada.

—Eso no va a ser tan fácil, Helios —masculló Fickman—. Habrá no solo árabes de seguridad, sino agentes del servicio secreto italiano, ya que la farsa significaría que las autoridades italianas y los hombres de Iben Maula habrían llegado a un acuerdo.

—No importa eso. Si ella ha muerto, y el plan sigue con todo el asunto del ataúd, mataremos al jeque… ¡Maldita sea, es el único que podría comprometerme, así que hay que matarlo! Si no lo matamos, el plan de sabotaje contra Los Jardines de Alá no serviría de nada, ya que Muynck debió de decirle en qué consistía. ¡Y si los árabes saben en qué consiste el plan, será inútil que nosotros sigamos adelante! ¡Tenemos que cargarnos a ese jeque!

—Está bien. Pero no va a ser fácil.

—Puede ser fácil —sonrió de pronto Helios—… ¡Si ella ha muerto, y todo sigue como lo planeó, puede ser muy fácil! Vámonos de aquí: os explicaré por el camino lo que se me ha ocurrido… Si nada ha cambiado, solo dependerá de Mikoulos que lo consigamos…

* * *

Hacía apenas quince minutos que había amanecido cuando sonó la pequeña radio que Mikoulos guardaba en un bolsillo. La sacó, y admitió la llamada, sin dejar de mirar hacia el neblinoso exterior por la rendija entre las dos puertas de atrás de la camioneta de Alitalia.

—¿Sí?

—Mikoulos —sonó la voz de Helios—: ¿todo sigue bien ahí?

Mikoulos miró al empleado de Alitalia que yacía amordazado y solidísimamente atado, convertido en un fardo, en el piso de la camioneta; y por si esto fuera poco, había sido narcotizado, de modo que dormía profundamente.

—Todo perfecto, Helios. Sigo en la camioneta, el tipo continúa

durmiendo…, y a menos de trescientos metros tengo el avión particular de Iben Maula…, que ya está calentando los motores.

—¡Todo concuerda! ¿Seguro que todo está tranquilo y normal a tu alrededor?

—Seguro.

—¡Bien! Por aquí, también todo ha seguido su curso. Hace unos minutos que han sacado los ataúdes de la casa. Parece que con Iben Maula murió alguien más, porque hay dos ataúdes en marcha.

—Con el juguete que les tenemos preparado, eso no es problema.

—Espero que no. Apunta bien… Y luego, ya sabes: te largas con la camioneta hasta el límite del campo donde convinimos, allí te recogemos, y cuando quieran reaccionar ya nos habremos esfumado. Ahora estamos rodando hacia ahí, para apostarnos en el lugar convenido a esperarte. No creo que la camioneta tarde mucho, así que vigila. Y, Mikoulos, ¡no falles!

—No fallaré. Le tengo verdaderas ganas a ese jeque de piel tan dura. ¡Maldito sea, ya debió morir cuando le acerté la otra vez!

—Pues ya has visto que no murió. Acierta los dos ataúdes, Mikoulos. Hasta luego.

—Hasta luego.

Mikoulos cerró la radio, la guardó, y echó una mirada al rifle de alta precisión y mira telescópica que tenía al lado, en el piso de la camioneta; la granada estaba ya colocada. Una granada que podía convertir en astillas dos ataúdes, aunque fuesen blindados… Estuvo a punto de tomar ya el arma, pero prefirió no «calentarse» demasiado las manos. Sabía que a él le iba siempre mejor tomar el rifle, apuntar y disparar, sin más; al contrario que otros tiradores. Y sabía que su puntería era excelente. Lo había demostrado, acertando a Iben Maula la otra vez en pleno pecho. Lo único que no había estado previsto era que aquel árabe tuviese la piel tan dura…

—No resistirá esta vez —masculló Mikoulos.

Encendió un cigarrillo, pero lo apagó enseguida, y continuó mirando hacia el *jet* de Jarif Iben Maula. Un sujeto muy rico, sin duda alguna. Como todos los árabes, a juicio de Mikoulos. Se estaban haciendo los amos del mundo. Lentamente, pero sabían lo que hacían: compraban grandes empresas multinacionales, bancos, líneas aéreas y de navegación… Por poco listos que fuesen, no

tardarían en conseguir posiciones mundiales que obligarían a las grandes potencias a tenerlos siempre muy en cuenta. Que se fuesen al demonio, pensó.

La camioneta tardó casi una hora, y Mikoulos comprendió que había dado la vuelta en lugar de pasar por Venecia, lo cual habría sido aún más complicado. Habrían tenido que utilizar un transbordador para la camioneta, con lo que el tiempo invertido habría sido el mismo, y en cambio se habrían complicado la vida. La camioneta debía de haber retrocedido desde Treporti hacia Jesolo, luego había subido hacia Caposile, luego a la izquierda hacia Portegrandi…, y allá llegaba, rodando suavemente hacia el *jet* de Iben Maula.

Era una camioneta vulgar, y, por un momento, Mikoulos pensó que quizás era otra, que no tenía nada que ver con el asunto. Pero no… La camioneta iba directa hacia el *jet*, y, finalmente, se detuvo, a unos treinta metros de este. Quedó apuntando hacia el avión, de modo que la parte de atrás quedaba frente a Mikoulos. La doble puerta se abrió, dos hombres saltaron al suelo, y fueron hacia la cabina del conductor, que también había saltado. Uno de ellos señaló hacia el *jet*, del cual comenzaban a descender otros tres hombres. Los de la camioneta fueron hacia el *jet* rápidamente, haciendo señas a los otros, sin duda pidiendo su ayuda para cargar los ataúdes…, que Mikoulos todavía no veía bien.

Pero sí.

Sí, allí estaban. Tardó algunos segundos en distinguirlos en la penumbra de la caja de la camioneta… Un coche particular llegaba ahora, y fue a detenerse junto al *jet*. Se apearon varios hombres, que comenzaron a hablar con los otros seis. Los motores del avión seguían emitiendo su zumbido, calentándose.

—¿A qué estoy esperando? —masculló Mikoulos.

Agarró el rifle, abrió un poco más las puertas de la camioneta requisada de Alalia, y sacó la granada por la abertura. Apuntó solamente durante dos segundos.

Luego, apretó el gatillo.

Se oyó un seco estampido, y un instante más tarde, casi simultáneamente, la caja de la otra camioneta reventaba envuelta en fuego y en un estruendo ensordecedor, que superó el zumbido de los motores del *jet*. Mikoulos no esperó a ver cómo caían los restos

de la camioneta reventada. Dejó el rifle, cerró las puertas de la camioneta, corrió hacia la parte delantera, y saltó por la ventanilla hacia la cabina. Puso el motor en marcha, y partió.

7

—Objeto en pantalla —dijo el radarista.

La muchacha rubia de ojos verdes que estaba fumando pensativamente un cigarrillo mientras estudiaba las cartas de navegación, alzó vivamente la cabeza, y miró hacia el radar. Junto a ella, en la misma mesa instalada en la sala de controles, el comandante Razin, jefe del convoy, hizo lo mismo. Luego, se miraron, y acto seguido los dos se acercaron a la pantalla del radar. Tras ellos, Ahmed y Nader, los dos homosexuales que se habían convertido en escolta privada y ayudantes directos de Erika Schenk, básicamente como traductores, aunque poco servicio estaban prestando en este sentido, ya que en la nave comandante del convoy casi toda la tripulación hablaba inglés.

—¿Distancia? —preguntó Razin.

—Dos millas aproximadamente. Se está acercando.

Razin miró a Erika Schenk.

—¿Hacemos contacto por radio?

—No —negó la rubia, en un susurro—... Ordene la localización visual.

Razin se acercó al radioteléfono, y pasó las pertinentes instrucciones a la cabina de mandos. Regresó ante el radar, y se quedó mirando aquella manchita en la circular pantalla.

—¿Continúa acercándose? —preguntó.

—Sí, mi comandante. Milla y media. Viene directo hacia nosotros.

—¿Puede ser un submarino? —preguntó Erika Schenk.

—Por supuesto, señorita. Y sigue acercándose.

La llamada sonó en la sala de controles. Razin fue a atenderla, escuchó unos segundos, dio su conformidad, y regresó ante la pantalla de radar, pero no la miró, sino que miró a la señorita Schenk.

—Ninguna localización visual. Es un submarino. ¿Doy la alarma?

—Una milla —cantó el radarista, siempre en inglés.

—Si no piensa atacarnos, pasará por debajo de nosotros y de los icebergs —murmuró Razin—… Quizá convendría que estuviésemos preparados, por si nos ataca.

—No lo hará —murmuró Erika—. Sería una estupidez. No den la alarma, ni pasen ninguna instrucción a las demás naves. Navegación normal. Vamos a cubierta…

—Se ha detenido —dijo el radarista.

Erika miró la pantalla. La manchita continuaba allí. ¿Un submarino se había detenido?

—¿Qué quiere decir que se ha *detenido*? —refunfuñó.

—Ya no acude a nuestro encuentro —replicó el radarista.

Erika Schenk parpadeó. Luego, dio media vuelta, y se dirigió a la salida de la sala de controles. Razin, Ahmed y Nader fueron rápidamente tras ella. En pocos segundos, estuvieron en cubierta. Sobre ellos, la estrellada noche. Detrás, el convoy que remolcaba los grandes hielos flotantes. No había luna, pero a la luz de las estrellas se veían las enormes masas de hielo, refulgentes en un tono azul lívido. El ruido de los motores de los remolcadores y de las otras tres naves de escolta que rodeaban los icebergs como medida de seguridad para la navegación de otros navíos, era monótono, como acolchado. El mar se veía negro, pero salpicado de millones de puntos luminosos al reflejar las estrellas. Posición del convoy: 55 grados longitud este, 35 grados latitud sur, aproximadamente. Tres mil kilómetros hacia el oeste, el continente africano. Menos de mil hacia el noroeste, Madagascar.

El oficial que había recibido instrucciones de Razin se acercó, saludó, y dijo algo en árabe. Razin le contestó. Luego, explicó a Erika Schenk:

—Todo parece estar en orden… si no fuese por ese submarino. Esperemos que, en efecto, no nos ataque.

Erika Schenk no contestó. Estaba mirando hacia la proa de la nave comandante. Detrás de ella quedaban los icebergs, los barcos y sus luces de navegación. El ambiente era frío. Hora: las dos de la madrugada.

El submarino no aparecía.

El ayudante del radarista apareció de pronto junto a ellos.

—Mi comandante: el submarino sigue su ruta.

Erika y Razin se miraron, una vez más. Los dos regresaron a la sala de controles, a toda prisa. El radarista los vio llegar, y señaló la pantalla.

—Distancia: milla y media…, y alejándose.

—¿Cómo explicaría usted eso? —preguntó Erika.

—Yo diría que el submarino navegaba hacia el sur, esto es, directo hacia nosotros, pero nos han detectado, y han desviado su ruta, después de parar los motores menos de medio minuto.

Erika se volvió hacia el operador de radio.

—¿Alguna llamada?

—No, señorita.

—¿Ningún intento de contacto?

—No, no.

—Eso sí es extraño —murmuró Razin—… Hasta puedo admitir que el submarino haya parado sus motores al recibir en sus pantallas de radar nuestra presencia. Podrían incluso haberse asustado debido a la masa de los icebergs…, pero tienen que saber que hay navíos aquí. ¿Por qué no han preguntado nada por la radio?

—Dos millas —cantó el radarista—… Y alejándose.

El submarino continuó alejándose… Dos millas y media. Tres millas. Cuatro…

—Definitivamente, lo hemos dejado atrás y a babor. Erika Schenk asintió ante la explicación. Y preguntó:

—El comportamiento de ese submarino no es normal, ¿verdad?

—No.

—Entonces, son ellos.

—Pero no nos han atacado, ni…

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

El comandante Razin quedó atónito. ¿Que cómo podía estar seguro de que no los habían atacado? ¡Pues, sencillamente, porque nada había ocurrido, todo seguía igual, en calma, navegación normal…! Erika estaba mirando a Nader y Ahmed.

—Prepárense: vamos a trasladarnos al primer remolcador.

Cinco minutos más tarde, la lancha era botada al agua desde la nave comandante, por supuesto sin que la marcha de esta fuese

detenida, y ni siquiera aminorada. Ahmed y Nader, aterrados, se aferraban a la lancha desesperadamente, de modo que resistieron el fuerte impacto. Una ola de agua fría pasó por encima de ellos. Durante unos segundos, estuvieron flotando, en verdad insignificantes, sobre el fuerte oleaje que dejaba atrás la nave comandante, y mirando por entre espuma azulada los enormes icebergs que se iban acercando a ellos… En la proa del primer remolcador aparecieron las luces de dos potentes focos. Erika Schenk puso la lancha en marcha, y acudió a su encuentro, maniobrando para finalmente, navegar paralelamente al remolcador, del que descendieron los dos ganchos de hierro. Nader y Ahmed engancharon la lancha, y esta fue izada. Poco después, Erika y los dos árabes saltaban a bordo del remolcador, y descargaban el gran paquete que ya estaba preparado…

—¿Está preparada la silla? —preguntó Erika.

—Sí, señorita —asintió el capitán del remolcador.

—Vamos allá.

Ahmed y Nader cargaron con el gran paquete. Admiraban ya sin reservas a la rubia espía americana, pero cada vez estaban más convencidos de que estaba loca. Cierto que las cosas habían ido saliendo como ella había previsto en todo momento, pero…

—Ayúdenme.

Habían llegado a popa. Los dos árabes abrieron el paquete, y sacaron el equipo: un gran «mono» blanco de material aislante, guantes del mismo material, botas con suelas provistas de largos clavos, piquetas… La señorita Schenk se puso el «mono», colgó el material de escalada, se puso las botas… Un pequeño macuto, también blanco, quedó colgando de su cuello. Tap-taptap-tap-tap sonaban los motores. No muy lejos, el enorme iceberg seguía dócilmente al remolcador, bien sujeto por los amarres especiales. Su resplandor lívido, con pequeños puntos rojizos y verdes procedentes de los barcos, teñía de extraño color los rostros de Erika y sus acompañantes.

—Preparada.

Fue alzada en brazos por Ahmed, Nader, el capitán del remolcador, y uno de los tripulantes, que la colocaron en la «silla», que era simplemente una especie de nido construido con cables, y que colgaba de uno de los cables que arrastraba al iceberg. Erika

Schenk se acomodó bien, asió el trozo de cable doblado, con el que haría presión en el de remolque, para ir desplazándose hacia el iceberg con repetidos tirones, y volvió la cabeza. A los árabes les pareció que la muchacha sonreía, pero decidieron que no, que eran solo imaginaciones de ellos. ¿Cómo podía sonreír una persona que se disponía a hacer aquello?

—Hasta luego —dijo Erika. Se soltó.

Primero, debido a la leve caída del cable, se deslizó en dirección al iceberg sin esfuerzo alguno por su parte. Luego, casi tocando el agua, comenzó a utilizar el sistema de tracción. Poco a poco, se fue acercando a la gran masa blancoazulada, y comenzó a sentir el frío. Bajo ella, el negro mar rugía sordamente. El entorno era sencillamente pavoroso. La cercanía congelante del iceberg no podía ser más escalofriante, más terrible. Muy poco después, Erika Schenk solamente podía ver, ante ella, aquella enorme masa que surcaba las aguas… Y finalmente, sus pies detuvieron el último impulso de su cuerpo hacia el iceberg.

Rápidamente, golpeó con la piqueta que ya llevaba preparado en la mano derecha, con el fin de hundirla en el hielo y quedar fijada allí… La piqueta rebotó como si hubiese golpeado sobre acero, y casi escapó de su mano, produciéndole un terrible dolor en la muñeca. A unos tres metros bajo ella, el mar espumeaba al ser hendido por el iceberg. Si caía allí, sería arrollada, aplastada, machacada…

Volvió a golpear, con mejor conocimiento de causa. De nuevo rebotó la piqueta. Solo al cuarto intento consiguió que quedase la punta algo hundida en el hielo. Casi medio minuto más tarde, conseguía clavar la segunda piqueta. El frío era terrible, pero el duro ejercicio conservaba todavía el calor de su cuerpo… ¿Durante cuánto tiempo? Miró hacia arriba. El lugar era bueno para la escalada, pues apenas a metro y medio había una depresión. Si conseguía llegar allí, ya estaría en el iceberg, y todo sería más fácil entonces. La tercera piqueta fue más fácil de clavar. Y todavía más la cuarta, pues iba aprendiendo rápidamente cómo debía hacerlo. Cuando se aprendía esto, la cosa no resultaba tan difícil, ni mucho menos. La imagen de unos hombres ascendiendo montañas de hielo en Groenlandia pasó por la mente de Erika Schenk.

Habían pasado apenas seis minutos desde que sus pies frenaran

el golpe contra el iceberg cuando Erika Schenk ascendía por este sujetándose en las piquetas. Clavó otra en el borde de la depresión, se izó lentamente, y luego, con un último impulso, se lanzó hacia delante, deslizándose por el leve declive hacia el centro del iceberg. Cuando se puso en pie, los agudos clavos impidieron que resbalase. Un aliento frío la envolvía. Ante ella, la gran masa, una auténtica montaña deforme, con huecos, alturas, laderas.

Solamente pudo recoger tres piquetas, pero tuvo suficiente para ir desplazándose, siempre hacia el centro de la montaña de hielo. Sus pies se movían despacio, asegurándose siempre uno antes de mover el otro.

Y de pronto, al coronar una pequeña elevación, apareció ante ella la ancha cima del iceberg, ondulada, como rota en varios puntos refulgentes. Se tendió boca abajo, y fue mirando atentamente ante ella, por toda la desigual explanada.

Solo tuvo que ver algo más blanco que el hielo, moviéndose a unos setenta u ochenta metros de ella para comprender que había acertado también en aquello. Por un instante, le pareció que había sido una ilusión óptica…, pero no. La cosa blanca volvió a moverse. Junto a ella, otra cosa blanca se movió. Casi enseguida, otra… Eran como pequeñas manchas albas en el frío tono azulado del hielo.

Erika Schenk se puso en pie, metió la mano en el blanco macuto que colgaba de su cuello, y sacó una enorme pistola, que empuñó con fuerza, metiendo el dedo índice en el gatillo, no sin cierta dificultad debido al guante especial. Ya bien armada, comenzó a caminar hacia el grupo de blancos bultos que se movían en el centro del iceberg. Cuando estuvo a unos treinta metros, se tendió boca abajo, y todavía se arrastró otros quince metros.

A quince metros ahora, vio el vaho que brotaba de las bocas de los tres hombres. Sobre el hielo se oían golpes, como martillazos sobre metal… Estaban fijando un paquete pintado de blanco en el iceberg.

—¡Apártense de eso! —gritó Erika Schenk—. ¡Aléjense varios metros, y pongan sus manos sobre las cabezas!

Los tres hombres quedaron inmóviles, como súbitamente petrificados por el frío que estaban soportando. Era todo como una imagen irreal, como algo que no pudiese estar ocurriendo en realidad.

—¡Apártense de ahí o disparo!

Los tres hombres se irguieron. De pronto, uno de ellos se movió, iniciando el salto hacia detrás del aquel bulto blanco… El dedo de Erika se crispó en el gatillo de la pistola, brotó el fogonazo, el estampido fue absorbido por el rugir de mar y de motores… La parte superior derecha de la cabeza del hombre saltó en pedazos. El hombre cayó sobre el paquete blanco, rebotó, y rodó hacia un lado…

De la mano de otro de los hombres brotó también un fogonazo. Por encima de la cabeza de Erika chascó una bala, al tiempo que ella disparaba por segunda vez. El hombre lanzó un grito, dio un extraño salto, y cayó de espaldas… El tercero corría pesadamente, alejándose, clavando las puntas de su calzado en el hielo. Erika le apuntó a la espalda, pero, antes de que apretase el gatillo, el hombre resbaló, a pesar de los clavos de su calzado, y cayó de vientre, durísimamente…, y continuó desplazándose sobre el hielo, en dirección opuesta a la posición de Erika, que oyó sus gritos de terror apenas un par de segundos. Casi enseguida, el hombre desapareció, deslizándose velozmente sobre la helada superficie, igual que si fuese un trineo.

Otro de los hombres, el que había rebotado sobre el bulto blanco, comenzó a desplazarse, lentamente, alejándose. Erika le apuntó, pese a saber que ya de un disparo le había volado la cabeza. No llegó a disparar de nuevo, porque comprendió: el hombre fue ganando velocidad, como el otro, deslizándose, ya cadáver, en la misma dirección. Era como un divertido juego sobre hielo…, solo que aquel juego consistía en que dos hombres muertos se deslizaban, por una pista natural, hacia el mar.

Erika permaneció inmóvil, mirando al hombre que yacía de espaldas, asimismo inmóvil. Se puso en pie, lentamente, y se fue acercando sin dejar de apuntarlo con la pistola… Cuando, por fin, se detuvo junto a él, vio los abiertos ojos del hombre, reflejando las estrellas. En su enguantada mano agarrotada todavía estaba la pistola. Erika guardó la suya, y se acercó, siempre pisando cautamente, al bulto, que estaba cubierto por una lona blanca. De los bordes de la lona partían cuerdas también blancas, unidas a agudas estacas de acero que habían sido hundidas en el hielo, sujetando el bulto a este. Pero, además, había sido colocado en una

pequeña cavidad que previamente habían cavado los tres hombres, de modo que no parecía probable que pudiese desplazarse hacia ningún lado. Todavía quedaban tres o cuatro estacas de acero por clavar. Si Erika hubiese llegado un par de minutos más tarde, ya no habría visto a aquellos hombres moverse sobre el hielo, y ellos se habrían marchado.

¿Marchado?

¿Adónde?

¿Al submarino, quizá?

Sí, al submarino… Seguramente, después de colocar allí aquel bulto se habrían deslizado hacia el mar, y habrían quedado flotando hasta que, ya lejos el convoy árabe, el submarino hubiese vuelto a por ellos.

Pero… ¿qué habían colocado aquellos hombres sobre el iceberg?

Erika Schenk alzó la lona, y se quedó mirando el gran bloque de piezas metálicas. Seguramente, lo habían subido entre los tres hombres, desmontado. Luego, había montado el artefacto, y se habían dedicado a fijarlo en el hielo. Y en los otros icebergs, por supuesto, otros hombres estaban haciendo lo mismo, o habían terminado ya, y se habían deslizado hacia el mar, para esperar al submarino, dejando en cada iceberg uno de aquellos artefactos.

¿Una bomba?

La rubia Erika movió la cabeza negativamente. Absurdo. Le parecía sencillamente absurdo tanto preparativo para colocar unas bombas en unos témpanos de hielo. Hombres entrenándose en Groenlandia, hombres instalando una base de operaciones en las Seychelles, un submarino, intentos de asesinato, un gasto enorme…

No.

No podían ser bombas. Entonces… ¿qué eran?

Y de pronto, Erika Schenk se dio cuenta de que comenzaba a tener calor.

8

Hacía un terrible calor en aquella choza cerca de la playa, ubicada a poca distancia de Victoria, la capital de las Islas Seychelles. Un radiante sol de media tarde parecía quemarlo todo, envolverlo todo. Por una de las ventanas, se veía el azul del mar, transparente como el más puro cristal.

Pero el calor no importaba en absoluto a Helios. Cuando, tras cortar la comunicación por la radio, se apartó de esta y se puso en pie, su rostro estaba radiante de satisfacción y codicia. Se volvió hacia Mikoulos, Fickman y Campbell, que le contemplaban expectantes.

—Lo hemos conseguido —murmuró Helios—… ¡Lo hemos conseguido!

—¿Cuándo nos van a pagar? —exclamó Fickman.

—Esta misma tarde. Tengo que volver al hotel, y esperar en la terraza, junto a la piscina… ¡El yate llegará pronto, y enviarán a alguien procedente de él para entregarme el dinero y darme instrucciones para que nos preparemos para otro trabajo!

Mikoulos se frotó las manos.

—¡Estupendo! ¡Ha costado mucho, por culpa del maldito Muynck pero todo habrá valido la pena!

—Bueno —sonrió Campbell—, ¿qué esperamos para ir al hotel? ¡Estoy harto de esta infecta choza!

—Pues todavía tendrás que estar un rato más —rio Helios, que no podía estar más satisfecho—: Mikoulos y yo nos vamos ya al hotel, pero vosotros os tenéis que quedar, para enterrar la emisora. Si más adelante conviene, vendremos a buscarla, pero si no la necesitamos, es mejor que quede muy bien oculta.

—Maldita sea —farfulló Fickman.

—No te quejes, hombre —rio Campbell—… Luego nos damos un buen baño en la playa, y asunto terminado. ¡Además, es saludable

sudar de cuando en cuando!

—Está bien —encogió los hombros Fickman—… Bueno, cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—Hacedlo bien —dijo Helios—. Nos veremos luego en el hotel.

Helios y Mikoulos salieron de la choza, montaron en las bicicletas, y emprendieron el regreso a la cercana Victoria, en la isla Mahé, de las Seychelles. Dentro de la choza, Campbell apartó la densa cortina que ocultaba la ventana, y que no solo impedía la entrada de insectos, sino que les protegía de la posible curiosidad de alguien que pasase por la playa. Estuvo mirando alejarse a Helios y Mikoulos hasta que oyó la voz de Fickman:

—Todavía no hemos empezado, y ya estoy sudando, solo de pensarlo.

Campbell no contestó. Fue a donde estaban las herramientas para cavar el agujero. Todo estaba previsto. En silencio, comenzó a clavar el pico en el blando suelo arenoso sobre el que estaba construida la sencilla choza. Junto a él, Fickman comenzó a utilizar la pala, para ir apartando la tierra. En menos de un minuto, los dos estaban ya sudando.

Las islas Seychelles estaban de moda, turísticamente hablando. En algunas viejas descripciones geográficas, se aseguraba que las Seychelles tenían un clima ardiente y malsano. Lo de malsano era exagerado, sin duda, pero no lo de ardiente. Situadas apenas a cinco o seis grados al sur del ecuador, el sol caía sobre ellas con terrible intensidad, cegador, ardiente sin duda alguna. Muy cerca de allí, en Victoria, lujosos y confortables hoteles acogían turistas de todo el mundo, que acudían en busca de uno de los pocos lugares que todavía podían considerarse paradisíacos. Cada día, cientos de turistas llegaban al aeropuerto Mahé, o partían de este. ¿Quiere usted descansar, vivir en silencio, ver hermosos mares de cristal azul, verde, blanco…? Vaya a las Seychelles. ¿Le gusta la buena comida internacional, le gusta el aire libre, le gusta la música suave bajo una luna de color naranja…? Las Seychelles le están esperando: ¡visite las Seychelles!

—Después de esto —jadeó Campbell—, voy a estar todo un mes viviendo como un rey, sin hacer absolutamente nada.

—Y yo. Pero eso sí: rodeado de chicas. ¡Tengo unas ganas de darle gusto al cuerpo…!

La tierra arenosa cedía blandamente bajo los golpes de pico de Campbell, y crujía al introducir Fickman la pala bajo ella, para desplazarla… De pronto, los dos quedaron inmóviles. Luego, muy despacio, fueron alzando la cabeza…, y se quedaron mirando a la hermosísima mujer de ojos más bellos y azules que el mar, que, sonriendo fríamente, les estaba apuntando con una pistolita.

—¿Qué tal, Campbell, Fickman? —saludó la divina criatura.

Los dos hombres palidecieron. El sudor se les enfrió de pronto sobre el cuerpo. Campbell movió negativamente la cabeza.

—No —susurró—… No, no…

—Sí —dijo ella—… Aunque mi aspecto sea otro, soy yo: Erika Schenk.

—Pero… ¡está muerta!

Ella sonrió, y fue a sentarse en una vieja silla de juncos. Cruzó las piernas, mostrándolas en casi toda su belleza. Llevaba un brevísimo conjunto de tono azul pálido, muy escotado, de falda corta y sujeto a los hombros por unos finos tirantes transparentes. Movió la cabeza con gesto muy femenino, echando hacia atrás sus largos cabellos tan negros que parecían azulados, de suaves ondas. Su boquita sonrosada se movió de nuevo.

—Espero que les resulte fácil comprender que estoy viva. Es cierto que caí al canal, pero no fue porque Helios me acertase con sus disparos, sino porque yo no estaba en condiciones de hacerle frente a él, y a ustedes, que esperaban afuera, así que opté por saltar. Soy una nadadora excelente, así que no tuve ninguna dificultad en nadar hacia donde me esperaban dos amiguitos con su lancha, cerca de allí. Ustedes no los conocen, porque yo exigí que se mantuvieran al margen hasta el momento oportuno. Y aquel fue el momento oportuno. Se llaman Nader y Ahmed, y les aconsejo que se guarden de ellos, pues aunque son homosexuales, tienen muy mala uva, y además están enfadados con ustedes, con Mikoulos y con Helios, por haber querido asesinar a Jarif Iben Maula. ¿Comprendido todo?

—¿De dónde sale usted?

—Oh, pues… Bueno, es un poco largo de explicar, amigo Campbell. Verá, yo podía haber vuelto a por ustedes enseguida, y quizá con eso habría evitado los asesinatos del pobre Giorgio, y de aquellas dos tontas sexuales criaturas, pero… ¿cómo podía adivinar

que Helios les iba a dar aquel pago por los servicios prestados? De modo que, como estaba segura de que Helios no sabía quién le pagaba sus servicios, me reafirmé en mi plan: darle cuerda larga. Así, él se vino a las Seychelles, tranquilamente, convencido de que Jarif Iben Maula había muerto.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Fickman.

—¿Está sugiriendo que Iben Maula no murió? —farfulló Campbell.

—Lo estoy afirmando rotundamente. Mire, Campbell, hace ya mucho tiempo que he aprendido a respetar la inteligencia de mis adversarios, así que comprendí que Helios no podía ser tan tonto como para confiar en mí tan plenamente. ¿Qué es lo que pretendía él? Pues que yo le hiciese el juego. Helios sabía que la pequeña bomba que debía explotar en la cama de Iben Maula, explotaría, pero en una habitación vacía. Sabía que yo planearía esto, y que aprovecharía para convencerle de mi… fidelidad, y al mismo tiempo para enviar a lugar seguro definitivamente a mi amigo Jarif Iben Maula. Comprendió eso desde el primer momento, así que comenzó a preparar el ataque contra el ataúd…, lo cual, ciertamente, ya estaba previsto por mí, que como sabía que él no era tonto, tuve que comprender lo que realmente pretendía…, del mismo modo que comprendí que, después de haberme utilizado para conseguir que Iben Maula saliese de la villa aunque fuese en un ataúd, querría divertirse conmigo y luego matarme. Luego, después de ofrecerle los cincuenta millones de dólares, creí que lo había puesto de mi lado, pero no… Lo comprendí cuando estuve desnuda ante él, en la habitación, con aquellas dos desdichadas. Y entonces, escapé. Pero, para que él creyese que había muerto, organicé lo de los ataúdes a mi manera.

—¿Los ataúdes que iban en la camioneta estaban vacíos?

—Bueno, pusimos un poco de peso dentro, eso fue todo. Y claro está, me encargué de montarlo todo de modo que el *jet* de Iben Maula estuviese en una pista adecuada, y bien lejos de otros aparatos, edificios, personas… Sabía que dispararían contra los ataúdes en cuanto los vieran. De modo que el personal de Jarif llegó con la camioneta, la abrió, y corrió hacia el *jet*, aparentemente para pedir ayuda, pero en realidad, siguiendo mis instrucciones de alejarse inmediatamente. Y sucedió todo tal como yo había previsto.

¿Sabe lo que me costó esa operación?: simplemente, una vieja camioneta, y dos ataúdes. Barata, ¿verdad? Sobre todo considerando que de este modo, Helios iría a reunirse con las personas que le habían contratado. Y como él había mencionado de modo harto imprudente las Seychelles, y había dicho que le gustaba mucho el sol, saqué conclusiones. Le pedí a Omar Gafer que enviase aquí a unos cuantos… amigos de Iben Maula, y que buscasen por Victoria a Helios, cuya descripción facilité minuciosamente, claro está. Lo localizaron enseguida, prácticamente: con el nombre de Homer Hightower, está alojado en el Turtle Hotel. Y ustedes también, aunque han estado en esta choza casi todo el tiempo.

—¿Y usted nos ha estado vigilando?

—No, no. De eso se han encargado unos amigos, que tenían órdenes severísimas de no intervenir, de dejar que Helios hiciese contactos… Pero no ha sucedido nada importante… hasta ahora. ¿Verdad?

—Usted que lo sabe todo, adivínelo.

—No tengo por qué esforzarme. Ustedes me lo dirán.

—Divertido —sonrió Fickman.

—Muy divertido —sonrió también Brigitte Montfort—… Casi tan divertido como mi pequeña aventura en el iceberg.

—¿En qué iceberg? —exclamó Campbell.

—Ah, no les he contado esa parte, es cierto. Bueno, mientras Helios venía hacia aquí, yo estaba ya volando al encuentro del convoy árabe que remolcaba los témpanos de hielo. Llegamos hasta el convoy en un hidroavión, que fue recogido por uno de los remolcadores. Una vez allí, y ya con el equipo que me había procurado antes, me ocupé del asunto del sabotaje en sí. ¿Ustedes saben en qué consistía?

—¿Consistía? ¿Quiere decir que no ha… funcionado?

—¡Claro que no! Desconfié de cierto submarino, que, en efecto, dejó un grupo de hombres bien entrenados flotando en el mar. Cuando los icebergs pasaron cerca de ellos, pudieron agarrarse y escalarlos. Estaba todo previsto, entrenado a la perfección. Cada hombre llevaba una parte de un extraño artefacto, y cada grupo de tres hombres subió a un iceberg, instaló su artefacto, y volvió al mar para ser recogidos de nuevo por el submarino. Pero tres hombres no volvieron al submarino. Y los que volvieron…

—¿Qué?

Brigitte movió la cabeza con gesto de lástima.

—Aquellos hombres del grupo de Helios, jamás volverán.

—¿Qué dice? —jadeó Fickman.

—Helios ha sido utilizado, sus hombres lo han hecho bien… Pero los del submarino sabían demasiado. Así que… quizá ni siquiera fueron recogidos. No me ocupé de eso, porque el convoy no podía perder tiempo, y siguió siempre adelante: no deben entretenerse lo más mínimo, ya que cuanto antes lleguen los témpanos a su destino, más grandes serán, y por tanto, más agua proporcionarán. Hay que cruzar la zona ecuatorial a toda prisa. De todos modos, perderán mucha agua, pero ya está prevista la cantidad, y lo que quede es rentable de ser remolcado. Ningún problema, en ese sentido.

—¿Usted está diciendo que esos icebergs todavía están… enteros y viajando?

—Efectivamente. Y comprendo su sorpresa, porque la idea era muy buena: cada uno de aquellos artefactos colocados en los icebergs, era una bomba…, pero no explosiva, sino de calor. Una vez colocadas en los icebergs, fueron activadas, y muy lentamente comenzaron a irradiar calor… Un calor tremendo, que por supuesto era superior al del sol al llegar a la Tierra. Seguramente, el calor debía rebasar, en un momento determinado, los mil grados. Y con semejante calor añadido al del sol, los icebergs se habrían ido derritiendo rápidamente. A medida que se hubiesen ido derritiendo, la bomba de calor habría ido atravesando el iceberg hacia abajo, lógicamente, de modo que lo habría recorrido desde la cima hasta la base, y luego, se habría ido al fondo del mar. Para entonces, de cada iceberg quedarían apenas unos cuantos pequeños témpanos flotando a la deriva. Lo demás, se habría convertido en agua… ¿Consecuencia de este ingeniosísimo plan?

—Dígalo usted.

—Encantada. Las consecuencias serían que, como nadie habría sospechado semejante cosa, se habría llegado a la conclusión de que los icebergs se habrían derretido por medios naturales, es decir, por el simple y natural calor del sol durante el largo camino desde el Antártico hasta los mares arábigos. De este modo, el proyecto Los Jardines de Alá habría resultado un fracaso, y pronto sería

olvidado. ¿Para qué insistir en remolcar icebergs, si todos se derretían al cruzar la zona tórrida del planeta Tierra? El proyecto, simplemente, sería olvidado… y el mundo árabe tendría que buscar otra solución para conseguir agua en la abundancia que sería necesaria para conseguir Los Jardines de Alá. Debo admitir que el plan era magnífico. Nada de violencias, ni de ataque a los remolcadores, lo que, sinceramente, desde el principio me pareció absurdo… Tenía que ser algo mucho más práctico, más sencillo, más convincente. Si hubiesen atacado ese convoy, los árabes habrían enviado otro, y otro, y otro y finalmente, habrían conseguido sus propósitos. En cambio, derritiendo los icebergs, impelían a los árabes a desistir de esa solución, simplemente, por considerarla impracticable. ¡Mucho mejor que un ataque, que cualquier sabotaje directo por la violencia! Pero el plan no ha funcionado, debido a mi intervención. Las bombas de calor fueron rápidamente empujadas hacia el mar…, en cuyo fondo quizá ya estén frías, perdidas para siempre. Y mientras tanto, el convoy árabe sigue navegando, meridiano 55 Este arriba, hacia los mares árabes, arrastrando millones de metros cúbicos de hielo… que muy pronto serán agua para Los Jardines de Alá…, en los que vive una masa de seres humanos que hasta ahora ha estado sedienta, como la tierra que aman y que no quieren abandonar. ¿Qué opinan de esto?

—Que está mintiendo.

—¿Sí? ¿Por qué creen eso?

—Porque no hace mucho, desde un yate, y conforme a lo convenido, nos han llamado para comunicarnos que todo había salido bien, y que nos iban a pagar hoy mismo. Helios quedó de acuerdo con las personas que han organizado esto utilizando nuestra organización, y esta misma tarde le pagarán. Así que usted ha mentido.

—¿Cómo se llama ese yate?

—No lo sabemos.

—¿Conocen quizá su nacionalidad, el nombre de alguno de sus ocupantes…? ¿Qué idioma hablan?

—Inglés. Y eso es todo lo que sabemos.

—Lo que es lo mismo que no saber nada —musitó Brigitte—… Y por supuesto, les han mentido. Los del yate saben que el proyecto de sabotaje ha fracasado. Y ahora, matarán a Helios.

—No diga tonterías. ¡Estamos contratados para otros trabajos, así que…!

—Campbell, entiéndalo. El hecho de que el plan haya fracasado ha hecho comprender a esa gente que ustedes están bajo control. Usted y los demás quizá no estén en peligro, pero Helios sí, porque quizá sabe algo que no les conviene a los otros. ¿Lo entienden? Esas personas pueden ser rusos, israelitas, americanos, británicos… ¡Incluso podrían ser árabes que no deseen que el agua inunde las tierras de Alá! Y esas personas, han condenado a muerte a Helios, al enterarse de que el plan ha fracasado.

—Tonterías… En cuanto a usted… ¡tome esto!

La pala salió lanzada con fuerza hacia Brigitte, que lanzó una exclamación, y disparó, al mismo tiempo que se impulsaba hacia atrás para esquivar el peligroso proyectil. Cayó de espaldas, rebotando duramente, y la pistolita escapó de su mano. Saltó hacia ella, mientras Fickman y Campbell corrían hacia la puerta.

—¡No salgan! —les gritó—. ¡Si escapan de mí les va a ir mucho peor…!

Pero los dos hombres ya habían salido de la choza. Brigitte oyó el doble alarido de dolor, de espanto, y por un instante, permaneció inmóvil, inclinada. Terminó de recoger la pistolita, y salió de la choza.

Afuera, estaban Campbell y Fickman, vueltos de cara hacia la choza. Detrás de Campbell estaba Ahmed, y detrás de Fickman, Nader. Parecían sujetarlos. Campbell y Fickman tenían los ojos muy abiertos, el rostro desencajado, todo el cuerpo crispado…

—Debieron escucharme —murmuró Brigitte.

Ahmed y Nader retiraron la mano derecha, con seco gesto, de la espalda de los dos hombres, sacando así el cuchillo que los había atravesado como si fuesen de manteca. Casi al mismo tiempo, cayeron hacía delante, muertos.

—Métanlos en la choza —murmuró Baby—… Todavía tenemos cosas que hacer en el The Turtle Hotel…

9

Sí señor, aquello era vida. Estaban los dos sentados ante una mesita sombreada colocada junto a la piscina, cuyas aguas eran tan transparentes que de no haber sido por el tono azul, habría parecido que ni siquiera existían. En el agua nadaban muchachas preciosas, de espléndidos cuerpos ofrecidos a la vista por la generosidad de los reducidísimos bikinis. Camareros nativos iban de un lado a otro sirviendo los últimos tragos de la tarde antes de la cena: refrescantes cócteles de frutas, *whiskies* con hielo, diversos combinados, refrescos de los más variados… De cuando en cuando, alguna risa, un chapuzón… Llegaba una discreta música paradisíaca.

—Les tengo echado el ojo a tres —dijo Mikoulos, relucientes los ojos—… ¡Me las llevaré a la cama en cuanto pueda!

—¿Solo tres? —Sonrió despectivamente Helios—. ¡Yo me las revolcaría a todas!

—Bueno, cada cual conoce sus límites —rio Mikoulos—… ¿Qué hora es?

—Tranquilo, tranquilo… Ya vendrán, hombre. Pide otro trago, y deja esos asuntos de mi cuenta. ¿Acaso no los llevo bien? ¿No lo he dirigido todo bien desde que formamos el grupo? Puedo preparar cualquier asunto… ¿Que hay que entrenar hombres en el hielo? ¡Pues se entrenan! ¿Qué hay qué…? ¿Qué pasa?

La pregunta iba dirigida al camarero negro, que sonreía mostrando una deslumbrante dentadura.

—Un caballero pregunta por el señor Mikoulos, señor.

—¿Por mí? —Se pasmó Mikoulos.

—Sí señor. Me ha dicho que hace tiempo que no se ven, pero que no le diga quién es, porque quiere darle una sorpresa. Le está esperando en el jardín de atrás, señor.

Mikoulos frunció el ceño, pensativo, pero Helios le dio una

palmada en una rodilla, riendo.

—Ve allá, hombre. Así me dejarás en paz. Y si cuando vuelves estoy acompañado por esa gente, será mejor que no te acerques.

—Está bien.

Mikoulos se puso en pie, y se alejó. Cruzó el hotel, y salió al jardín de atrás, verdaderamente tropical, silencioso, mucho más tranquilo que la parte que daba a la playa, con la piscina, el bar y el bullicio lógico. Allí se estaba mucho mejor, incluso más fresco… Unos altísimos cocoteros parecían tener la copa teñida del rojo sol de ocaso que desaparecería rápidamente, como corresponde al trópico… Pero, al parecer, no había nadie esperando a Mikoulos. Este frunció el ceño. ¿Era alguna broma de Helios, quizás…?

De pronto, de entre un arbusto de rojas flores, vio aparecer a la mujer. Se quedó inmóvil de asombro ante la belleza de aquella criatura de grandes ojos azules, y que llevaba por toda indumentaria un bikini diminuto, de color azul pálido… Del asombro, Mikoulos pasó al desconcierto cuando, también de pronto, aparecieron dos hombres portando una cesta de juncos, y se quedaron mirándolo. El asesino profesional Mikoulos volvió a mirar a la hermosísima muchacha…, y vio la pistolita con que esta le apuntaba.

La boca de Mikoulos se abrió en la preparación para la pregunta, quizá para el grito, o para la protesta…

Plof, chascó apagadamente la pistolita.

La bala se clavó en la frente de Mikoulos, el asesino profesional…, que ni siquiera llegó a caer al suelo. Ahmed y Nader se habían acercado rápidamente, lo sujetaron un instante, y luego lo dejaron caer dentro de la cesta, la cerraron, y se fueron. Y aquí no ha pasado nada.

La bellísima muchacha de los ojos azules sacó de detrás de los arbustos un gracioso capazo de paja, tiró dentro la pistolita, se lo colgó de un hombro, y fue hacia el hotel, lo cruzó, salió a la parte de la piscina, y enseguida localizó a Helios. Perfecto. Buscó alrededor, eligió una mesa que le pareció adecuada, y fue a sentarse allí. Un camarero acudió prestamente, encantadísimo de la vida por poder servir a tan divina criatura.

—Champaña —pidió Brigitte Montfort—. Frío, por favor.

—*Yes, Miss* —rio el muchacho—… *Very cold, yes*.

De su pequeño capazo playero, Brigitte sacó cigarrillos, echando un vistazo a la pistolita, que ocultó de nuevo con el paquete, mientras miraba de reojo a Helios, que continuaba apaciblemente sentado, con las manos cruzadas sobre el vientre, como amodorrado.

Desvió la mirada enseguida, contemplando las imágenes felices que la rodeaban… ¡Lo que se sorprendería tío Charlie cuando una vez más ella le diese la solución a un pequeño problema de la CIA! Antes de que se tomasen más interés por el asunto, ella ya les habría dicho qué hacían aquellos hombres en Groenlandia… Sonrió al imaginarse el pitorreo que haría Minello con el «viejo buitre carroñero», cuando ella le diese la información. ¡El bueno de Frankie…! Se prometió a sí misma invitarlo otra vez unos cuantos días a Villa Tartaruga, con Número Uno… Al pensar en Número Uno, Brigitte notó como un cálido impacto en el corazón. ¿Y si fuese a verlo antes de regresar a Estados Unidos?

Llegó el champaña, que, en efecto, estaba frío. Brigitte agradeció el servicio con una sonrisa que era mejor que cualquier propina, y bebió un sorbito, mirando de nuevo de reojo a Helios… Seguramente, sus contactos, las personas que habían ideado todo aquel asunto, estaban esperando a la noche.

De pronto, volvió a mirar a Helios, que continuaba en la misma postura.

Se quedó mirándolo fijamente, fijamente… Bebió otro sorbito de champaña, se puso en pie, y se acercó al borde de la piscina, como distraída, como queriendo ver más de cerca a los bañistas.

Otra mirada de reojo.

Entonces, vio los ojos cerrados de Helios, de Homer Hightower. Tan cerrados, que no podían ver la pequeña flor roja que tenía en el pecho, sobre el corazón. Una pequeña flor de sangre, que se estaba secando ya…, y que Helios no habría podido ver aunque hubiese tenido los ojos abiertos de par en par, porque los muertos no ven nada… Al menos, nada de este mundo.

Ni un solo músculo se alteró en el hermoso rostro de la espía internacional. Terminó su corto paseo, volvió a su mesa, y tomó la copa de champaña, bebiendo otro sorbito.

«—Tú te lo has buscado», pensó, mirando de nuevo de reojo a Helios.

En cuanto al invisible y magnífico tirador que había efectuado el disparo, le iba a salir barba si esperaba que ella se acercase al cadáver de Homer Hightower.

Indiscutiblemente, es mejor una copa de champaña frío que un balazo al corazón.

Este es el final

—¿Cómo podré agradecértelo todo? —musitó Jarif Iben Maula.

—Bueno… Hay dos modos de hacerlo, Jarif —sonrió Brigitte.

Estaban en el aposento privado del jeque, en su bello palacete cercano a la capital. A la entrevista de aquella sorprendente rubia de ojos verdes asistía solamente Omar Gafer, de pie junto a la sentada visitante. Erika había preguntado por Nader y Ahmed, y Gafer se había limitado a sonreír; seguramente, estaban amándose en alguna parte del jardín. ¡Cualquiera sabía!

En cuanto a Jarif Iben Maula, todavía pálido y demacrado, pero ya fuera de peligro, parecía devorar con sus negros ojos a la única mujer que jamás había podido olvidar…, y que jamás olvidaría.

—¿Qué dos modos? —murmuró.

—Ya debes imaginarte el primero: nadie debe saber cuál es el verdadero nombre de la rubia alemana que ha movilizado a tantos amigos tuyos para resolver esto.

—Sabes que eso no lo diría jamás, aunque me hiciesen pedazos. Y cuenta con la discreción de Omar —se apresuró a añadir.

Erika Schenk miró a Gafer, que permaneció impasible. Había personas en las que se podía confiar, y Brigitte Montfort lo sabía. Poco importaba que fuesen americanos, chinos, árabes, rusos, negros, blancos, amarillos o verdes. Había personas así, y eso era todo.

—El segundo modo, Jarif, es que continúes confiando en mí del mismo modo que has demostrado. No nos hagamos ilusiones: en cualquier momento, la CIA puede intentar algo censurable, los dos lo sabemos. Pero si no estáis seguros, avisadme a mí antes de tomar una decisión. ¿Cuento con ello?

—Ya lo he hecho así, ¿no? Y así lo volvería a hacer.

—Gracias. Y eso es todo.

—¿Te vas?

—Sí. Ya estás bien, dentro de pocos días te levantarás, y muy pronto lo habrás olvidado todo… ¿Puedo contar con tu avión privado para viajar hasta… Túnez, por ejemplo?

—Mi avión te llevará adonde tú quieras. ¿Vuelves con él?

—¿Con él? —susurró Brigitte—. ¿Lo conoces?

—Desde nuestro primer encuentro en Venecia, nunca dejé de interesarme por ti. Sé quién es el hombre que amas, y dónde vive… Si lo deseas, mi avión te llevará hasta la mismísima La Valetta.

—Sí —notó Brigitte aquel golpe cálido en el corazón—… Lo deseo, Jarif. Que Alá quede contigo.

FIN

Notas

[1] El personaje Jarif Iben Maula apareció en la aventura de Baby titulada *Un collar de estrellas*. < <